

SOLIDARIDAD OBRERA SUPLEMENTO LITERARIO

Paris, Febrero 1960

★ Supplément mensuel de SOLIDARIDAD OBRERA, porte-parole de la C.N.T. d'Espagne en exil ✦ Precio 0'70 NF - N° 776-74

Misión y deber del escritor

(Discurso pronunciado en Estocolmo al serle conferido el Premio Nobel de Literatura.)

AL recibir la distinción con que vuestra libre Academia ha querido honrarme, mi gratitud es tanto más profunda cuanto que mido hasta qué punto esa recompensa excede mis méritos personales.

Todo hombre, y con mayor razón todo artista, desea que se reconozca lo que él es o quiere ser. Yo también lo deseo. Pero al conocer vuestra decisión me fué imposible no comparar su resonancia con lo que realmente soy. ¿Cómo un hombre casi joven todavía rico sólo de sus dudas, con una obra apenas en desarrollo, habituado a vivir en la soledad del trabajo o en el retiro de la amistad, podría recibir, sin cierta especie de pánico, un galardón que le coloca de pronto, y solo, en plena luz? ¿Con qué estado de ánimo podía recibir ese honor al tiempo que, en tantas partes, otros escritores, algunos entre los más grandes, están reducidos al silencio y cuando, al mismo tiempo, su tierra natal conoce incesantes desdichas?

Sinceramente he sentido esa inquietud y ese malestar. Para recobrar mi paz interior me ha sido necesario ponerme a tono con un destino hartamente generoso. Y como me era imposible igualarme a él con el solo apoyo de mis méritos, no he hallado nada mejor, para ayudarme, que lo que me ha sostenido a lo largo de mi vida y en las circunstancias más opuestas: la idea que me he forjado de mi arte y de la misión del escritor. Permittedme que aunque sólo sea en prueba de reconocimiento y amistad, os diga, con la sencillez que me sea posible, cuál es esa idea.

Personalmente, no puedo vivir sin mi arte. Pero jamás he puesto ese arte por encima de toda otra cosa. Por el contrario, si él me es necesario, es porque no me separa de nadie y me permite vivir, tal como soy, al nivel de todos. A mi ver, el arte no es una diversión solitaria. Es un medio de emocionar al mayor número de hombres, ofreciéndoles una imagen privilegiada de dolores y alegrías comunes. Obliga, pues, al artista a no aislarse; le somete a la verdad, a la más humilde y más universal. Y aquéllos que muchas veces han elegido su destino de artistas por-



por Alberto CAMUS

que se sentían distintos, aprenden pronto que no podrán nutrir su arte ni su diferencia sino confesando su semejanza con todos.

El artista se forja en ese perpetuo ir y venir de sí mismo a los demás, equidistante entre la belleza, sin la cual no se puede vivir, y la comunidad, de la cual no puede desprenderse. Por eso los verdaderos artistas no desdeñan nada; se obligan a comprender en vez de juzgar. Y si han de tomar un partido en este mundo, éste sólo

puede ser el de una sociedad en la que, según la gran frase de Nietzsche, no ha de reinar el juez sino el creador, sea trabajador o intelectual.

Por lo mismo, el papel de escritor es inseparable de difíciles deberes. Por definición, no puede ponerse al servicio de quienes hacen la historia, sino al servicio de quienes la sufren. Si no lo hiciera, quedaría solo, privado hasta de su arte. Todos los ejércitos de la tiranía, con sus millones de hom-

bres, no le arrancarán de la soledad, aunque consienta en acomodarse a su paso y, sobre todo, si lo consintiera. Pero el silencio de un prisionero desconocido, abandonado a las humillaciones en el otro extremo del mundo, basta para sacar al escritor de su soledad, cada vez, al menos, que logra, en medio de los privilegios de su libertad, no olvidar ese silencio, y trata de recogerlo y reemplazarlo para hacerlo valer mediante todos los recursos del arte.

Ninguno de nosotros es lo bastante grande para semejante vocación. Pero en todas las circunstancias de su vida, obscuro y provisionalmente célebre, aherrojado por la tiranía o libre de poder expresarse, el escritor puede encontrar el sentimiento de una comunidad viva, que le justificara a condición de que acepte, en la medida de sus posibles, las dos tareas que constituyen la grandeza de su oficio: el servicio de la verdad y el servicio de la libertad. Y ya que su vocación es agrupar el mayor número posible de hombres, no puede acomodarse a la mentira y a la servidumbre que, donde reinan, hacen proliferar las soledades. Cualesquiera que sean nuestras flaquezas personales, la nobleza de nuestro oficio arraigará siempre en dos imperativos difíciles de mantener: la negativa a mentir respecto de lo que se sabe y la resistencia a la opresión.

Durante más de veinte años de una historia demencial, perdido sin recurso como todos los hombres de mi edad, en las convulsiones del tiempo sólo me ha sostenido el sentimiento hondo de que escribir es hoy un honor, porque ese acto obliga, y obliga a algo más que a escribir. Me obligaba esencialmente, tal como yo era y con arreglo a mis fuerzas, a compartir, con todos los que vivían mi misma historia, la desventura y la esperanza. Esos hombres — nacidos al comienzo de la primera guerra mundial, que tenían veinte años a tiempo de instaurarse, a la vez, el poder hitleriano y los primeros procesos revolucionarios, y que para completar su educación se vieron enfrentados luego a la guerra de España, la segunda guerra mundial, el universo de los campos de concentración, la Europa de la tortura y de las prisiones — se ven hoy obligados a orientar sus hijos y sus obras en un mundo amenazado de destruc-

Misión y deber del escritor

ción nuclear. Supongo que nadie pretenderá pedirles que sean optimistas. Hasta luego a pensar que debemos ser comprensivos, sin dejar de luchar contra ellos, con el error de los que, por un exceso de desesperación, han reivindicado el derecho al deshonor y se han lanzado a los nihilismos de la época. Pero sucede que la mayoría de entre nosotros, en mi país y en el mundo entero, han rechazado el nihilismo y se consagran a la conquista de una legitimidad. Les ha sido preciso forjarse un arte de vivir para tiempos catastróficos, a fin de nacer una segunda vez y luchar luego, a cara descubierta, contra el instinto de muerte que se agita en nuestra historia.

Indudablemente, cada generación se cree destinada a rehacer el mundo. La mía sabe, sin embargo, que no podrá hacerlo. Pero su tarea es quizá mayor. Consiste en impedir que el mundo se deshaga. Heredera de una historia corrompida en la que se mezclan las revoluciones fracasadas, las técnicas enloquecidas, los dioses muertos y las ideologías extenuadas; en la que poderes mediocres, que pueden hoy destruirlo todo, no saben convencer; en que la inteligencia se humilla hasta ponerse al servicio del odio y de la opresión, esa generación ha debido, en sí misma y a su alrededor, restaurar, partiendo de sus amargas inquietudes, un poco de lo que constituye la dignidad de vivir y de morir. Ante un mundo amenazado de desintegración, en el que nuestros grandes inquisidores arriesgan establecer para siempre el imperio de la muerte, sabe que debería, en una especie de carrera loca contra el tiempo, restaurar entre las naciones una paz que no sea la de la servidumbre, reconciliar de nuevo el trabajo y la cultura y reconstruir con todos los hombres una nueva Arca de la alianza. No es seguro que esta generación pueda al fin cumplir esa labor inmensa, pero lo cierto es que, por doquier en el mundo, tiene ya hecha, y la mantiene, su doble apuesta en favor de la verdad y de la libertad y que, llegado el momento, sabe morir sin odio por ella.

Es esta generación la que debe ser saludada y alentada donde quiera que se halle y, sobre todo, donde se sacrifica. En ella, seguro de vuestra profunda aprobación, quisiera yo declinar hoy el honor que acabáis de hacerme.

Al mismo tiempo, después de expresar la nobleza del oficio de escribir, querría yo situar al escritor en su verdadero lugar, sin otros títulos que los que comparte con sus compañeros de lucha, vulnerable pero tenaz, injusto pero apasionado de justicia, realizando su obra sin vergüenza ni orgullo, a la vista de todos; atento siempre al dolor y a la belleza; consagrado, en fin, a sacar de su ser complejo las creaciones que intenta levantar, obstinadamente, entre el movimiento destructor de la historia.

¿Quién, después de eso, podrá esperar que él presente soluciones

ya hechas y bellas lecciones de moral? La verdad es misteriosa, huidiza, y siempre hay que tratar de conquistarla. La libertad es peli-grosa, tan dura de vivir como exaltante. Debemos avanzar hacia esos dos fines, penosa pero resueltamente, descontando por anticipado nuestros desfallecimientos a lo largo de tan dilatado camino. ¿Qué escritor osaría, en conciencia, proclamarse predicador de virtud? En cuanto a mí, necesito decir una vez más que no soy nada de eso. Jamás he podido renunciar a la luz, a la dicha de ser, a la vida libre en que he crecido. Pero

aunque esa nostalgia explique muchos de mis errores y de mis faltas, indudablemente me ha ayudado a comprender mejor mi oficio y también a mantenerme, decididamente, al lado de todos esos hombres silenciosos, que no sopor-tan en el mundo la vida que les toca vivir más que por el recuerdo de breves y libres momentos de felicidad y por la esperanza de volverlos a vivir.

Reducido así a lo que realmente soy, a mis verdaderos límites, a mis dudas y también a mi fe difícil, me siento más libre para destacar, al concluir, la magnitud y

generosidad de la distinción que acabáis de hacerme. Más libre también para deciros que quisiera recibirla como homenaje rendido a todos los que, participando en el mismo combate, no han recibido privilegio alguno y, en cambio, han conocido desgracias y persecuciones. Sólo me resta daros las gracias, desde el fondo de mi corazón, y haceros públicamente, en prenda de personal gratitud, la misma y vieja promesa de fidelidad que cada verdadero artista se hace a sí mismo, silenciosamente, todos los días.

ALBERTO CAMUS

Arrabal, un español de París

ARRABAL es un español que no tiene más de veintiseis o veintisiete años, que vive en París desde hace un tiempo y que, cosa extraña, se está abriendo paso aquí en el mundo de las letras.

Arrabal ha escrito en francés unas cuantas obras de teatro y una novela, «Baal Babylone», que se han publicado en una colección prestigiosa. «Les Lettres Nouvelles», que dirige Maurice Nadeau para el editor Julliard.

Una pieza suya —«Pique-Nique en Campagne»— se estrenó en el Teatro Lutèce en programa con otra de Bertold Brecht.

¿SE halla terminada actualmente la evolución de la vida sobre la tierra? ¿Seguirá siendo el hombre hasta el fin el señor del planeta o se verá un día suplantado por otra especie?

No es muy verosímil que la especie humana desaparezca antes de que la tierra sea para ella inhabitable. Las especies vivas no envejecen, no se agotan, y ningún animal terrestre puede hacernos competencia. El hombre no conoce en realidad más que un único adversario: él mismo. Y si puede temerse que sea, por desgracia, lo bastante necio para herirse gravemente, hay que dudar que, pese a toda su locura, consiga exterminarse.

Debo añadir que, si la humanidad llegara a extinguirse no creo que la animalidad volvería a darle vida, y tampoco que, si la vida llegara a extinguirse sobre la tierra, la materia volvería a engendrarla de nuevo.

JUAN ROSTAND

(Del libro «Lo que yo creo», edición «Soli».)

El universo que Arrabal expresa en sus obras es cerrado, opresivo. Sus momentos de ternura alternan con los de una ferocidad sólo aparentemente sin salida.

En realidad, ese grito de total amargura que Arrabal profiere no hace más que revelar al niño madurado de pronto, súbitamente despierto a un mundo de explosiones y crímenes, de vida solapada y acechante.

La obra de Arrabal lleva la impronta de los años terribles de la guerra civil, de la delación y la sospecha, de las víctimas y los verdugos. Este tema lo reitera obsesivamente. Es el de «Baal Babylone» y también el de su pieza «Les deux bourreaux».

La impresión que deja la lectura de Arrabal es de cierta desazón interior. Nos damos cuenta que no estamos únicamente ante un juego literario, que sus conflictos, aunque lo parezcan, no son rebuscados, sino la tremenda manifestación de una experiencia que horada como un clavo ardiendo.

Las obras de Arrabal traducen a la vez una verdad interior y una profunda rebelión contra el orden irrisorio que lo circunda. Su estilo es de una gran sobriedad verbal, depurado, desnudo, pero eficaz y concentrado en su casi infantil formulación.

Por su temática, inspirada en las pesadillas de la guerra civil, en la violencia policiaca, en el terrorismo religioso, Fernando Arrabal es un escritor español aunque escriba en francés y aunque viva en París.

B. Milla



UNAMUNO Y MARIAS

y II

El mayor elogio, o el mayor reproche que puede hacerse a don Miguel es que a pesar de su aparente conflicto trágico en la cuestión de la inmortalidad del alma y de la existencia de Dios (idéntica cuestión en el fondo si se considera a Dios desde el punto de vista cristiano) lo derivase todo a la literatura. Así resultó un especialista de la verborrea, del juego de palabras, de las afirmaciones lapidarias que serían puestas en duda a la línea siguiente. Muy a menudo, una frase decisiva de Unamuno, o que lo parece, es desviada inmediatamente por una interpretación extraña, gratuita y literaria, de lo que parece sensato. La pretendida participación formal de Unamuno a la Filosofía que algunos comentaristas españoles se ufanan en vocear, es negada por Julián Marías en cuanto intente calificarse de conocimientos adquiridos o sistema armónico. Cree, Marías, que a lo sumo ha contribuido con intuiciones que, sistematizándolas posteriormente, podrían tener una participación en la historia de la filosofía.

Nada puede oponerse a esta conclusión de Marías. Sin embargo, el mismo Unamuno sentía, y lo propagaba, un cierto desprecio hacia la filosofía que aparentaba a la magia, a la literatura y a la fantasmagoría. ¿Y por qué no a la teología? Puesto que él mismo opinaba de tal forma, no parece inadecuado el creer que toda su obra es exclusivamente literaria. Palabras y palabras. Las ideas se esfuman, se pierden al no completarse y compenetrarse. La pretendida filosofía de Unamuno no era otra cosa que gárrula, pero que, creada por una inteligencia muy cultivada, producía efectos brillantes e ideas fugaces, llamativas e intrascendentes.

Quizás todo esto sea demasiado radical, pero lo justifica en buena parte que tras una vida enteramente dedicada a escribir, a pensar y a sentir sobre el destino del hombre, no avanzó ni un ápice en el conocimiento de la cuestión. Quedando siempre en la superficie, puesto que, a pesar de su pretendida profundidad, Unamuno profundizó poco, los españoles le hemos adoptado como uno de los temas preferidos para nuestras discusiones. No es necesario para comentar sus obras tener ideas y saber anudarlas, sino poseer facundia e ingenio. Así el comentario siempre queda en el exterior.

Marías ha tenido el mérito de no limitarse a la superficie y ha profundizado cuanto ha podido. En realidad, la obra de Unamuno adquiere cierta seriedad después de leer la obra de Marías aunque en ciertos aspectos, y concretamente en los que más directamente se refieren a Dios y a la Religión, Julián Marías no hace, a nuestro entender, alarde del rigor de pensamiento a que nos tenía acostumbrados en cuantos escritos suyos conocíamos. Dejándose llevar, probablemente, por las ideas preconcebidas de su propia fe religiosa, Julián Marías pierde la ecuanimidad necesaria a un comentarista, o más a un ordenador de pensamientos dispersos.

Ya en la docena de líneas con que presenta su libro, reprocha a Unamuno una «innecesaria heterodoxia» que «no brota de lo más profundo de su pensamiento». El lector atento ya tiene motivo para escamarse, porque la heterodoxia no es necesaria o innecesaria más que en relación con un objetivo determinado. Para los deseos de

por Francisco FRAK



Marías, la heterodoxia de Unamuno será, sin duda, innecesaria, pero no puede decirse tal cosa en relación a la obra toda de Unamuno. Al contrario, forma parte integrante de la misma, parte principalísima, hasta el extremo que su ausencia sí que desvirtuaría por completo toda la producción y hasta la misma personalidad del autor. Porque lo fundamental en la obra del ex rector de Salamanca es la correlación íntima entre lo que sucede o se dice en los libros y el sentir personal del escritor. Allí no aparecen tan sólo las elucubraciones de una mente preocupada, sino que aparece el mismo Unamuno con todos sus conflictos y creencias, dolores, aspiraciones, etc., casi, casi, «real, entero y verdadero». Leer los libros de Unamuno es como tragarnos al autor, es algo así como comulgarlo. Allí está Unamuno en cuerpo y alma, entero, sin que sea posible seccionarlo, y si no lo comprendemos así, es porque se nos

presenta bajo el aspecto engañoso de unas hojas de papel, de la misma forma que en la Eucaristía se nos presenta Dios bajo la falsa apariencia de la hostia.

Por lo menos, esta creencia metafísica de la obra de Unamuno, es indispensable para interesarnos en ella y que no sea motivo de risa; aunque Julián Marías reconozca que hay una buena parte de tragedia prefabricada, de estudiada comedia y abundancia de literatura con el claro objetivo de asombrar. En la angustia de posición adoptada por el escritor vasco frente a la ignorancia del hombre sobre su destino, no es nada exagerado el decir que hay una buena dosis de exhibicionismo.

De todas formas, no puede descartarse de la obra de Unamuno su «heterodoxia» con más fundamento que su fe, y el afirmar que «no brota de lo más hondo de su pensamiento» es un verdadero despropósito. Porque es precisamente la «heterodoxia» el verdadero fruto del pensamiento, en abierta lucha con la «ortodoxia» que se le había inculcado en sus primeros años y para creer en la cual afanabase inútilmente. Enfrentaba sin descanso la razón con la fe. A juzgar por su obra, único elemento de juicio que tenemos, deseaba ardentemente creer. De la profundidad abismal de su conciencia, o más exactamente, del subconsciente, salía la aspiración de una «vida perdurable» pero de la razón del pensamiento, no podían salir más que obstáculos a que la aspiración se convirtiese en creencia. La «heterodoxia» resulta, no ya «innecesaria» como dice Marías, sino imprescindible para que la obra de Unamuno tenga el carác-

ter de angustia, de agonía, de congoja, que la caracteriza.

Cada vez que le permitía cierta libertad al pensamiento y no lo atosigaba con literatura, aparecía en el papel alguna de sus «herejías». Estas son más numerosas que en la mayoría de los católicos practicantes. Ellos creen más cosas que las que creía D. Miguel, porque «piensan» muchísimo menos. De todas formas, el número de católicos «no herejes» debe ser muy bajo, a no ser que digan que «creen lo que cree la Santa Madre Iglesia» en cuyo caso, como decía Unamuno, esa «fe de carbonero es como creer todo o como no creer nada».

El jesuita González Caminero ha dicho de Unamuno que era «el mayor hereje español de los tiempos modernos». En otro lugar lo ha calificado de «el más acérrimo enemigo de la fe católica de sus compatriotas». Y ha subrayado todo diciendo «a pesar de su decantado cristianismo, sus libros están llenos de herejías, irreverentes blasfemias, inmundas profanaciones».

Después de tan rotundas acusaciones de uno de los críticos que más minuciosamente ha analizado la obra unamunesca, parece un poco desplazada la frase de Marías «... el volumen capital de su heterodoxia no estriba en sus afirmaciones, sino más bien en la negación de que se pueda afirmar o conocer nada en relación con Dios». Y seguir, como en otros lugares de su libro, reprochándole el no hacer uso de la razón para intentar solucionar el problema que le preocupaba. Este reproche de Marías es inaceptable. Por una vez la creencia de Unamuno no puede considerarse injustificada. El mismo escribió que las pretendidas pruebas racionales de la existencia de Dios no probaban nada, lo que obliga a pensar que, aunque no las analizara detenidamente en alguno de sus escritos, lo había hecho anteriormente en su conciencia. Sabiendo el hambre de creer que tenía Unamuno y sus tentativas desparramadas para buscar alimentos con que saciarlo, no queda otro remedio que suponer que su escepticismo estaba fundado en su experiencia personal y en las muchas horas dedicadas a la rumia espiritual de todas las posibilidades.

Y téngase en cuenta que si Unamuno hubiese sido un hombre «muy razonable» sus ataques contra todas las creencias religiosas hubiesen tenido una determinada dirección. Su objetivo hubiese sido preciso, en lugar de esa desconcertante composición en la que los elogios y adhesiones alternan con los reproches y los desacuerdos.

De ello se aprovechan con propósitos tendenciosos quienes armonizan sus creencias religiosas con la literatura de Unamuno. Hemos oído decir a un conspicuo católico comentando la congoja del autor vasco que «Unamu-

NUEVOS PROSISTAS CHILENOS

Notas para integrar a las generaciones del 40 y del 50

EXISTE en Chile una nueva promoción de escritores que impresionan por la segura sabiduría con que afronta los problemas de la creación literaria. Se advina en ellos un curioso caudal de experiencia, un instinto, una confianza en sí mismos, que sorprenden.

No se justifica tal cosa. Los críticos y los autores de historias literarias no nos han preparado para apreciar este fenómeno. Se diría que estos jóvenes han aprendido su arte en otros países y que han madurado con las nuevas generaciones europeas y norteamericanas. En los últimos años han lanzado un torrente de cuentos, novelas y obras teatrales, y, momentáneamente, el orden sistemático con que los manuales arreglan las generaciones deja de funcionar. Porque ¿qué relación hay, por ejemplo, entre estos prosistas jóvenes, que acabo de conocer en Chile, y los maestros del criollismo? ¿Dónde se interrumpe la línea de una evolución literaria que, al comenzar con los Diez, descubre ciertos valores sociales y filosófi-

cos, pero estereotipa, luego, cuando los costumbristas confunden esos valores con los aspectos más obvios de la chilenidad y decae en el escapismo pintoresco de marinistas y folkloristas de la generación del 30? Sinceramente creo que existe un parentesco más profundo entre Guillermo Atías, por ejemplo, y Eduardo Barrios, que entre Atías y los escritores de la generación inmediatamente anterior a la suya. Atías, José Manuel Vergara, Enrique Lafourcade, José Donoso, Herbert Müller, Carlos León — mezcla intencionadamente las edades, pues las generaciones del 40 y del 50 coinciden en principios de carácter básico — remozan, inconscientemente, acaso, las fuerzas del trascendentalismo de aquellos dulces tolstoyanos de 1910,

aquellos proustianos tímidos y recónditos, aquellos hindúes de San Bernardo y Cartagena, sin paramientos en la faena geográfica, gastronómica, veterinaria y horticulturista que desarrollan algunas escuelas literarias a su alrededor.

La literatura campesina o proletaria — concebida según las normas del costumbrismo español — no tiene para estos nuevos escritores interés alguno. La desdeñan por su artificio y superficialidad. Pero no desdeñan la realidad chilena, por el contrario, se sienten fascinados por ella y se le acercan para auscultarla hondamente buscando su sentido en signos de esencial validez psicológica y social. Desprecian lo pintoresco, lo pseudonacional, lo rutinariamente folklórico. En México existió una promoción de escritores que, según el decir de un poeta, defendían la mexicanidad como quien defiende la virginidad. Sólo que su mecanicidad estaba hecha de superficialidades y rozaba apenas los profundos conflictos que devoraban al país en su proceso de maduración social y cultural. En

por Fernando Alegria

Chile también hemos tenido estos defensores de la comida chilena, del vestido chileno, y de los garabatos chilenos en la literatura. Ya en 1938, la generación que se formó en el Instituto Pedagógico, a la cual pertenezco, se rebeló contra el localismo y provocó una crisis dentro del criollismo planteando una renovación literaria que afectó a la novela, al cuento, al ensayo y al teatro y actualizando las corrientes unanimistas y existencialistas que iban a cambiar básicamente el realismo chileno. Digo que esta crisis maduró y repercutió dentro del criollismo porque nuestros maestros en las aulas universitarias eran Mariano Latorre y Ricardo Latcham, ambos connotados y tenaces defensores del realismo americano, comprensivos y abiertos a nuestras especulaciones, impulsadores, a la postre, de las corrientes neo-realistas. Para nosotros, como para estos escritores que aparecen alrededor de 1950. Los prosistas chilenos sufrían de un dramático caso de anemia ideológica y creativa. Vegetaban empollando los cuentos sureños, mineros y marítimos de principio de siglo. La gran poesía chilena los aplastaba. Algunos rebeldes entre ellos nos atraían y uno en particular; uno que, igual que ayer, representa hoy un nexo firme en la evolución de la novela chilena: me refiero a Manuel Rojas, cuyos ensayos, reunidos en 1938 bajo el título de «De la poesía a la revolución», anuncian ya el decisivo cambio que se avecina, y cuya novela «Hijo de ladrón» señala, a mi juicio, el fin oficial del viejo criollismo chileno y el comienzo de nuevas formas de novelar de orientación trascendentalista. No niego méritos a nadie y bien sé que escritores como Marta Brunet, González Vera, Salvador Reyes, Lautaro Yankas, Juan Marín, Rubén Azócar, Luis E. Délano y otros han producido obras de indiscutible excelencia literaria. Me refiero a la orientación de la literatura chilena, hablo de rumbos, del paso de una generación a otra. María Luisa Bombal escribió alrededor de 1936, seguramente sin conocer el pensamiento de Rojas, obras que son importantes en el proceso a que aludo y que la novísima promoción de novelistas debe considerar con genuina simpatía. En Teatro Experimental del Instituto Pedagógico, por otra parte, creó de la noche a la mañana, antes de 1940, una tradición sin precedentes en la historia de nuestra literatura dramática y quien se admire — como me ha sucedido a mí — del desarrollo espléndido del teatro chileno contemporáneo y se solace en

Unamuno y Marías

no creía, pero dudaba». La frase, así, dicha con esa aparente inocencia, puede impresionar a las mentes de escaso sentido crítico. El creer exige una disposición para testimoniar incompatible con la duda. Más exacto era decir que «Dudaba, pero quería creer». Porque, en el fondo, dudar es no creer. Estar en camino para llegar a creer, o estar en la senda que se aleja de la creencia. No creer todavía o haber dejado de hacerlo.

Si Unamuno hubiese sido creyente, con fe viva, o por lo menos sin dudas, no se le podría tachar de «hereje» que, según el Código de Derecho Canónico, es aquel que «después de haber recibido el bautismo y reteniendo el nombre de cristiano, niega pertinazmente, o pone en duda, alguna de las verdades que han de ser creídas con fe divina y católica...»

Marías incurre en testimonio temerario al decir en el capítulo VII de su libro, en el apartado «El Cristianismo», lo siguiente: «Si ahondamos en los supuestos que efectivamente sustentan la especulación de Unamuno en torno a la religión, descubrimos esta radical confianza en Dios, como garantizador de la inmortalidad, que le permite renunciar a SABER y dedicarse a hacer ingeniosas construcciones mentales, ideológicas.»

Una «radical confianza en Dios» presupone incóntestablemente una fe absoluta en su existencia, y, con tal fe, la obra toda de Unamuno es un absurdo, porque precisamente está basada en la tibieza o en la inexistencia de la fe. En

todo caso, en una negativa rotunda, esta sí que es radical, a reconocerle una influencia decisiva. El contrasentido es abrumador. Un creyente no puede escribir todo lo que escribió Unamuno. Es decir, puede, pero en tal supuesto es necesario disociar al autor de su obra. Si así fuera el individuo Miguel de Unamuno presentaría escaso interés, inferior al de cualquier novelista que nos cuenta aventuras extraordinarias desde la tibia tranquilidad de su gabinete de trabajo.

Lo que importa en la obra de Unamuno es lo que tiene de angustiosa por la impotencia del hombre para encontrar las respuestas relacionadas con su destino. ¿Se ha observado la abundancia de preguntas que hay en sus páginas? ¿Y las preguntas encubiertas, que a eso equivalen sus conjeturas y suposiciones? Que esto fuesen preocupaciones íntimas o que con ellas se mezclase una parte de estudiada afectación, es accesorio. La compenetración entre Unamuno y su obra es generalmente admitida, en buena parte por los esfuerzos desesperados que hizo don Miguel para que tal cosa sucediese, lo mismo que en poesías, ensayos, etc. No se ve en qué podría fundarse serenamente tal separación. Es también inconcebible que un creyente mantenga durante toda una vida una actitud a sabiendas de los tremendos peligros que le podría acarrear. Efectivamente, la Iglesia católica, por medio de representantes tan calificados como Enri-

que, arzobispo de Salamanca, el 20 de marzo de 1942, y Antonio, obispo de Canarias, el 19 de septiembre de 1953, en sendas cartas pastorales, condenaron con los términos más enérgicos los libros esenciales de Unamuno.

Que el bilbaíno muriese como un excelente cristiano, ya que tal cosa se afirma, carece de interés, pues su muerte no haría más que sumar un nombre destacado a la suma de hombres destacados que han pasado por tal desfallecimiento propio o que han soportado tal maniobra de sus prójimos. Tampoco tiene importancia que fuese creyente o no lo fuese. Lo que no puede negarse es que la obra toda de Unamuno es la de un descreído o la de un creyente que lo disimulaba muy bien.

Y para sacar una conclusión de todo esto, tendrá que permitirse-nos que juguemos un poco a la hermenéutica con el texto de Marías, ya que también él lo ha hecho con los de Unamuno.

No podemos creer que el estudio detallado de la obra de Unamuno, haya producido en Marías las solas opiniones que enumera. Probablemente la preocupación por obtener el «nihil obstant» eclesiástico y alguna más, le ha hecho decir algunas cosas y callarse otras. Así ha quedado el volumen por debajo de lo que podía esperarse de Julián Marías. Y su trabajo aparece algo insincero, bastante incompleto y rehuendo claramente el meollo de la cuestión. Libro, en definitiva, casi inútil... y es lástima.

Nuevos prosistas chilenos...



la profundidad, vigor y maestría de autores de reciente aparición como Fernando Debessa, Luis A. Heiremans, Fernando Joseaux, Isidora Aguirre, José Ricardo Morales, debe reconocer la significación de esa empresa pionera que iniciara Pedro de la Barra en el Pedagógico.

He aquí, entonces, el paradero donde estos jóvenes prosistas suben al tranvía: en la imperial viajan los amenos y luminosos fantasmas: Barrios, D'Halmar, Prado, Latorre, Maluenda; Manuel Rojas es el maquinista y Marta Brunet toca la campanilla. Todos juntos, varias generaciones, avanzan dando tumbos por una avenida que no ha perdido los rieles. Quisiera individualizar a varios de los nuevos pasajeros; compañeros de viaje a quienes acabo de conocer personalmente. Me limitaré a cuatro, por el momento.

El mayor de los cuatro es Guillermo Atías (1917), un hombre silencioso, a quien recuerdo bailando en «El Diluvio», en Concepción, echado para atrás, arrastrando ensimismado, y no sin elegancia, las piernas de casimir azul, una sonrisa abstraída en los labios o en el bigote, y un periódico bajo el brazo. No recuerdo su voz, pero recuerdo su sonrisa y la mirada relumbrante de sus anteojos. Se movía por la pista como un automóvil nuevo. Un Buick o un Lincoln. Recuerdo, también, que al hablar dijo con aire de rutina las novedades más sorprendentes y las observaciones más razonables y agudas que he oído sobre los criollistas. Después de conocerle, leí su novela «El tiempo banal» y tuve esa sensación, tan poco repetida, de participar en un descubrimiento literario. Su técnica no es novedosa: narra en varios planos simultáneamente, desarrollando dos tramas paralelas y sin preocuparse por resolverlas en un desenlace unilateral. El mundo que le interesa es el de ciertas gentes dinámicas a quienes una crisis les sorprende con el impacto de una

catástrofe íntima irreparable. Atías les deja hacer y hablar. Va siguiéndoles como una sombra y cercándoles con su tela de araña, tenaz y sutilmente. Cuando ha terminado de examinarles esas vidas quedan frente al lector desnudas y palpitantes. Sus héroes han caído heridos por una desgracia que tardan en comprender y, aunque se rebelan y combaten, nada pueden: sólo consiguen agrandarse en su miseria. Pleno de apasionantes ideas, maestro de la sugerencia y del matiz psicológico, creador de caracteres inolvidables, prosista de honda resonancia, Atías es un narrador espléndidamente dotado de quien mucho ha de esperarse.

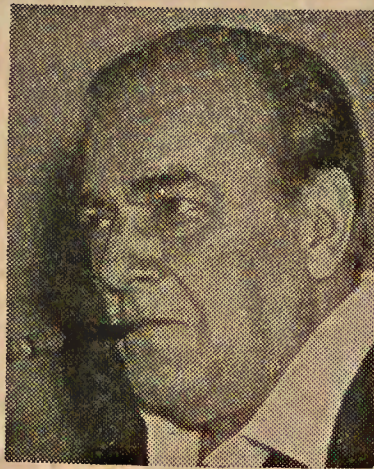
Conocí también a José Donoso (1925). Cara de abogado joven, me dije, cortado en brillantes aristas. Me equivoqué. Su expresión y su actitud no eran forenses sino en los anteojos, en lo demás, eran de una juvenil sencillez, de una cordialidad inteligente, siempre a punto de dispararse, pero detenido a tiempo, rodeada por el hervor de los ecos de aquello que no decía. Acaso influyó la presencia de sus dos amigos eminentes, Alone y Marta Brunet, el caso es que no habló mucho, pero, en cambio, iluminó el grupo con su jovial naturalidad. No se había publicado aún «Coronación». Caminando entre plantas y flores de un jardín de Las Condes, Donoso me sorprendió con sus conocimientos de botánica: he aquí un novelista que toma nota de lo que ve, pensé, para ser implacablemente específico. Días más tarde Nascimento editó con impresionante publicidad su novela «Coronación». Fue un éxito inmediato. Primero fueron los amigos y parientes que recomendaban la novela con entusiasmo. Luego, el gran público la descubrió y la consumió con esa curiosidad ansiosa — en que se mezcla la pasión por la vida social, la crónica roja y la página literaria de «Ercilla» — que acompaña regularmente a la publicación de un «best-seller» en Chile. Vino, en seguida, el articulazo de Alone: consagratorio y contundente. No volví a ver a Donoso. Me hubiese gustado comentar con él su obra. La comencé a leer en Santiago y la terminé en un avión de la K.L.M., rumbo a Dakar. Donoso descubre un tesoro de vida apasionada y compleja allí donde el criollismo convencional sólo vio ranchos, arrabales y sórdida miseria. En «Coronación» ilumina con vigorosas pinceladas el mundo insignificante de sirvientas, mandaderos, pacos y pungas de los llamados «barrios altos» del Santiago moderno. Simultáneamente ensaya un análisis psicológico del caballero y del roto. Mientras se trata de ambientar la historia describiendo interiores y exteriores típicos, ya sea de la vieja burguesía o del suburbio popular, no

hay vacilaciones ni caídas en su narración. Se advierte algo de rotundo y de magnífico en los poderosos trazos con que dispone objetos en un salón, en una recámara, en un comedor, en una cocina, en un almacén, en la calle misma. Su novela debe la corpulencia que la caracteriza a este poder de decoración interior con que Donoso arregla sus escenas. Pero cuando abandona, en sabio momento, los recursos mecánicos y se lanza a sondear hasta el fondo del ánimo de su héroe para desplegar ante el lector la armazón íntegra de su espíritu en derrota, se hace obvio que la técnica no le basta y que

no existe aún en su arte la profundidad y la madurez que el desenlace de su historia le exigía. La locura del héroe es estrictamente literaria. No convence. La muerte de la anciana, en cambio, y la danza de las viejas cocineras son un gran acierto descriptivo y se gravan como un símbolo de la decadencia que pinta Donoso, símbolo que nunca se materializa en los desvarios de Andrés. En este caso se trata nuevamente de un arreglo sabio en la decoración de una escena dirigida y ejecutada con la precisión y belleza de un ballet.

● Conclusión en el próximo n.º ●

Héctor Villalobos



impulsivo, jamás sujeto a una medida, clásica o popular que fuera, desparramó talento en toda suerte de géneros musicales, con aciertos a veces discutibles, pero siempre gratamente audibles. Su norma era: «Hay que escribir sin pensar mucho en lo que dieron y dan de sí los otros. Hay que guiarse por el impulso de la propia sangre, sin coercerse jamás». Era el hombre vocacional, interiormente llameado, que se consumía en la obra sin regateos, enteramente.

Con estos antecedentes se comprenderá suficientemente que Villalobos era muy Villalobos, es decir, músico libre, personal, único. Su producción, vastísima, corrió parejas con la cultura musical que por sí mismo había conseguido. Escribió seis óperas, veinte «ballets», mucha música de cámara, innumerables partituras sinfónicas, una serie de «bachianas» (suerte de brasileñización del contrapuntismo de J. Sebastián Bach), composiciones para guitarra local, coros brasileños, etc. Tuvo su flaco por el violoncelo, cuyo repertorio enriqueció con piezas de una armonía exquisita. Su poema «Momo precoce» contiene melodías que subyugan incluso a las clases musicalmente incultas y a los estudiosos más ásperos.

Con razón las grandes orquestas internacionales incorporaron obras de Héctor Villalobos en sus famosos programas.

VIROLLA



* Sobre «Platero y yo» *

VII. — Las citas eruditas

Hemos dicho que «Platero y yo» no es obra dedicada exclusivamente a los niños, pese a las apariencias. La cultura de Juan Ramón, sin que se lo proponga, sale a flote y nos muestra que el poeta conocía perfectamente las literaturas extranjeras. Las citas que de ellas hace, lo prueban cumplidamente.

En medio de escenas que serán el encanto de los niños y las niñas, salen a relucir, espontáneamente, sin desentonar del cuadro, Ofeio, el divino músico (24), la pintura de Fra Angélico, «el que pintaba el cielo de rodillas» (20), Ronsard y sus églogas un tanto artificiosas (23), Marco Aurelio y sus pensamientos impregnados de buen sentido (40), el poeta persa Omar Kayam y sus deliciosos proverbios (68) y, en fin, Murillo y su arte exquisito (73), Venus (72) y Fausto (61). En la edición completa de «Platero y yo», encontramos, no sólo Hylas y Alcides en el idilio de Chenier, sino también a Piello de Cosimo y su famosa «Caza».

La cultura del poeta resalta por doquiera y no nos extrañamos. Las fábulas de Lafontaine, que tanto agradan a los niños, están henchidas de citas de carácter erudito.

La extensa cultura del autor resalta por doquiera. Al lado de los versos franceses de Ronsard, encontraremos citas de versos galaico-portugueses (26, 66), así como también fragmentos de sabroso sentido popular (31, 49, 99). Su crítica del término «asnografía», ya comentado, ¿no es grito de rebelión contra el academismo frío susceptible de ahogar toda iniciativa personal creadora y original?

Existe un pasaje en que un elemento exótico viene a mezclarse con las figuras que aparecen en escena campesina. Se trata de Sarito, criado de la novia del poeta (79), nacida en las Antillas, en Puerto Rico.

Estas citas, como advertimos no quiebran la jovialidad y frescura de tono que informan «Platero y yo».

VIII. — Los colores

No creemos que exista poeta alguno moderno que haya empleado en una obra en prosa una gama de colores tan rica y variada como la que utiliza Juan Ramón. Los autores de literaturas y retóricas españolas no están enteramente de acuerdo en lo que concierne al color en las obras juanramonianas.

El señor Montoro («Poética española», Barcelona, 1950, pág. 240), afirma que Juan Ramón, por ser poeta del color *nacarado*, no se puede comparar con Rubén Darío, poeta *del oro*. ¿Es realmente el vate de Moguer artista del color «nacorado»? Lo es, sin duda, en «Platero y yo», donde el color



por J. Chicharro de León

dominante es el blanco con todos sus matices: *albo, cándido y níveo*. Se trata de verdadera sinfonía de colores claros.

Después del blanco, se llevan la palma el *amarillo* y el *negro*. Los demás colores, si se exceptúan el *verde* y el *azul*, aunque salen todos, no son numerosos. ¿Acaso Juan Ramón, el escritor en prosa, sólo ve colores opuestos — blanco y negro — a la manera de Victor Hugo en las obras de madurez artística?

No nos atrevemos a afirmarlo, pero sí decimos que los colores intermedios son en extremo raros en «Platero y yo».

El señor Valbuena («Historia de la Literatura española», Barcelona, 1951, t. III, pág. 542) dice: «A través de la poesía de Juan Ramón, se perciben tres matices en el sentido del color, el de los primeros libros de predominio de los tonos borrosos y cepúsculares: los malvas, los grises, los verdes oscuros: éste central y medio de las notas brillantes y refulgentes: el rojo, el oro y, del segundo estilo, en que el color es simplemente luz, luz pura, desnuda de la sencillez del blanco».

Creemos que si se hiciese una estadística de colores en la obra de Juan Ramón — *la hemos hecho en «Platero y yo»* — sería fácil cosa probar que no es dado dividirla en periodos fijos, al menos en lo que toca a la naturaleza de los colores. Cada libro del poeta andaluz constituye una verdadera explosión de colores y de luz.

Por otra parte, los mismos colores se aplican a cosas tan distintas como una nube, Dios y el poeta. En efecto, en el libro «Diario de un poeta recién casado» (Losada, 1949), dice Juan Ramón: «Dios es azul» y, en «Piedra y cielo» (Losada, 1949), añade: «Yo soy azul». En «Platero y yo» son azules las rosas (19), los espíritus (110)

y hasta la mañana está «traspasada de azul» (106).

Los colores aparecen en «Platero y yo» tan pronto aislados, como agrupados de dos en dos, de tres en tres y hasta de cuatro en cuatro. He aquí algunos ejemplos que lo prueban cumplidamente:

- 1) rosas blancas (19)
la vieja cabra gris (16)
La rosada lumbre (28)
Los cirios rojos (52)
Sus dientes amarillos (33)
dos escarabajos de cristal negro (13)
el cielo azul (13)
el pinar verde (14)
aguas de carmín (14).
- 2) Alegría de plata y oro (18)
vagas claridades malvas y verdes (17)
cristales granas y azules (44)
Campanillas níveas, gualdas (103)
una lila, lila y verde (77)
blanca y roja, como flor de albérchigo (93)
- 3) un limbo violeta, azulado, pajizo (64)
rojo, morado, azul, el campo (92)
- 4) romero verde, y malva, rosa y oro por el sol (110)
aparejo rojo, azul, blanco y amarillo (61)
pájaros blancos, rosas, celestes, amarillos (90)
espíritus rosados, amarillos, malvas y azules (98)

Conclusiones

He aquí las conclusiones que se desprenden del análisis de «Platero y yo», que acabamos de hacer:

- 1) La originalidad de esta obra poética, escrita en prosa, reside fundamentalmente en la composición.
- 2) Se trata de una obra poéticamente concebida y sabiamente elaborada. Aunque agrada a los niños, no se dirige a ellos solamente, sino también a los hombres maduros, susceptibles de com-

prender la fineza y sentido de la poesía pura y dotados, en fin, de cultura extensa y sólida.

3) El poeta ha utilizado en la confección de su obra, a la que da unidad la figura central de «Platero», los procedimientos propios de la poesía: metáforas, tan osadas como originales, tranposiciones, metátesis, antítesis, contrastes, alteraciones, etc.

Juan Ramón ha sabido dar a las palabras brillo nuevo, dignidad y una nobleza poética de la que están desprovistas, de ordinario, en las obras escritas en prosa.

4) Juan Ramón es maestro indiscutible del color, tanto en prosa como en verso. El blanco, el tono claro, domina por doquiera.

5) En suma, si se quiere hallar algo semejante a la prosa de «Platero y yo» en la literatura moderna española, fuerza será ir a buscarlo en las obras de Miró y de Valle Inclán, que se distinguen por el brillo poético de la lengua, el lirismo y la originalidad de las imágenes.

Esta obra juanramoniana no añade galardón alguno a la fama y gloria del poeta andaluz, pero quedará como documento único en nuestros días de la originalidad de las imágenes creadas por un poeta lírico fino y sensible; imágenes que, en lo que a belleza toca, pueden competir, sin reparo, con las que adornan sus obras poéticas más logradas y celebradas.

● Fin de este estudio ●



ANDRÉS SCHWARZ-BARF

Ganador del premio Goncourt para 1959 en gracia a su libro «El último de los justos» en el que relata la interminable odisea de los judíos. Influenciado por el sentido trágico de la vida extraído de las lecturas de Fedor Dostoiévsky (particularmente de «Crimen y castigo») y, por las sucesivas tragedias sufridas por los hombres de su raza.

Todavía el problema de la cerámica ibérica

e) Liria

PARA la cerámica de San Miguel de Liria, provincia de Valencia, (76) —cuyo apogeo ha venido recanándose generalmente en el siglo III— puede pensarse también en una larga evolución que comenzaría mucho antes de dicha fecha. Los indicios cronológicos no faltan aunque sea difícil asociarlos concretamente con los distintos estilos. Pero ellos dan un margen general de desarrollo del poblado y de su cerámica en el que cabe encuadrar los distintos estilos, tipológicamente y por comparación con los de otras localidades.

Bastante recientemente se ha encontrado en Liria un *lekythos* ático de figuras negras que Fletcher fechase en la primera mitad de los siglos de figuras rojas no faltan, lo mismo que la cerámica barnizada de negro antes llamada «campanense», que habría que revisar y volver a clasificar, pues entre ella se hallan, sin duda, vasos verdaderamente griegos y prehelénicos —en todo caso un *skyphos* de Liria es así— (76) como hemos visto que sucede en la Bastida de Mogeite y en otras localidades. Por eso se estima por Fletcher que la ciudad fue destruida en tiempo de las guerras sertorianas, y por lo tanto no pasa de 70 a.d.n. Era todo ello un marco muy amplio que va desde el principio del siglo V al primer cuarto del I a.d.n.e., lo que corresponde con la diversidad de estilos de los vasos ibéricos allí encontrados.

J. Ballester trató de estudiar las semejanzas de la cerámica de Liria con los diferentes estilos griegos de la época geométrica, sin prejuzgar la contemporaneidad, pero encontrando en dichos estilos griegos posibles prototipos. Nosotros habíamos ensayado una clasificación cronológica (79), ensayo que era necesariamente incompleto y que ha de ser renecho con los nuevos elementos que ahora poseemos, aunque las líneas generales de dicho ensayo subsisten, con algunas correcciones.

Se destaca, ante todo, un grupo que parece muy arcaico y que pudiera fecharse en la primera mitad del siglo V, habiendo asimilado influencias de los vasos griegos de figuras negras; el vaso de la danza ritual, el vaso «de la escena de enlazar», el «del caballo espantado» —con combinaciones de hojas de yedra, además de la escena con hombres y caballos y con un friso de pájaros y hojas de yedra, recordando hasta cierto punto el grupo más arcaico de Verdolay-Archena y, en fin, el fragmento con un «motivo heráldico», una cabeza de pájaro y una palmeta.

Un gran grupo —que representa el apogeo de la pintura de Liria— comprende el vaso de los guerreros a pie y a caballo, el de la dan-



San Miguel de Liria. Escenas de caza y pesca. (De Pericot, *Rev. Archéol.*)

za guerrera, el de la danza de hombres y mujeres que se agarran de las manos precedidos por músicos y el de la mujer del abanico. El estilo, los vestidos y las armas de este grupo muestran las mayores semejanzas con los de Oliva. La Serreta y el Chapolar y las figuras se combinan con motivos florales evolucionados, entre los cuales hay hojas de yedra combinadas con espirales en un conjunto rico y «barroquizante», pero de muy buen estilo. Este grupo habría que fecharlo en el curso del siglo IV, comenzando muy al principio.

Se pasa insensiblemente a una decadencia del estilo con un grupo de vasos que habíamos clasifi-

En los dos últimos grupos abundan las inscripciones ibéricas.

f) Resultados: Etapas del desarrollo de la decoración del SE., incluida la provincia de Valencia.

Aparte de las decoraciones geométricas que continúan siempre con una cierta monotonía y con una cierta pobreza que contrasta con el desarrollo de estos ornamentos en Andalucía —en donde hemos visto que son los característicos y casi únicos en la región—, en el SE., incluyendo la provincia de Valencia, lo típico es la decoración floral animal y humana. De los indicios cronológicos encontrados y de la tipología pueden deducirse, a pesar de las di-

por P. BOSCH GIMPERA

cado a fines del siglo IV; pero que pertenecen probablemente al siglo III: la oinochoe de los músicos con doble flauta y jinetes y hombres a pie y el vaso escrito. Hay que añadir a este grupo, pero no del todo a su fin, el fragmento mencionado anteriormente con una mujer alada con cuerpo de pájaro y con un caballo montado por dos figuras humanas, hombre y mujer (80). En este grupo, las figuras humanas son poco cuidadas y las caras bárbaras y distintas de las del grupo anterior. Asimismo los motivos de relleno se dibujan bastante incorrectamente.

En el siglo II podría fecharse la tinaja con recolección de granadas y escenas de caza y pesca —cuya fecha tardía sería indicada por la época de la introducción del fruto en España—, el vaso de la caza del ciervo con redes, y el vaso del combate naval, el de las escenas de la caza a caballo, etc. Tanto las representaciones humanas como los motivos del relleno —extremadamente simplificados— acusan una barbarización del estilo, que se prolongaría en el siglo I en su última degeneración (81).

facultades con que luchamos, la sucesión de distintas etapas para el desarrollo de la ornamentación.

1) El impacto de la ornamentación de la última cerámica orientalizante griega en la época de la thalassocracia focea, en la parte central del siglo VI, da lugar a la adopción de la cerámica del SE., de los motivos florales y animales, cuyo principio conocido lo representan los vasos de Verdolay que deben fecharse no lejos de 500 y probablemente todavía dentro del siglo VI (período arcaizante).

2) El desarrollo de estos motivos y su organización en un sistema bien definido da lugar al estilo «clásico de Archena y de Elche» en el siglo V, por lo menos durante el segundo tercio, representándolo los vasos de las colecciones Vives y Heiss. En esta etapa ha comenzado ya la decoración humana con escenas (guerreros a pie y jinetes) todavía muy imperfecta representadas por el vaso de los guerreros de Archena, resultados de la influencia de la cerámica ática de figuras, posiblemente de los últimos tipos de figuras negras o por lo menos de los estilos arcaicos de figuras rojas. A esta influencia

puede responder la primera etapa de Liria.

3) La influencia de las figuras áticas postarcaicas se hace sentir en la segunda mitad del siglo V. En el fragmento de Archena de la colección Heiss, y en el *pinax* del Ashmolean Museum de Oxford, que representan la transición —perfeccionando las figuras del tipo de vaso de los guerreros de Archena a través de la oinochoe de Elche con la figura alada del vaso ovoide de la misma localidad—, al estilo evolucionado y «barroquizante de Oliva». En esta etapa de transición que debió durar hasta los alrededores del 400, hay que colocar el vaso de Oliva con el asedio de una fortaleza, que trasluce la influencia polignótica en la representación de figuras en distintos planos y en un ensayo de composición de gran estilo.

4) En el siglo IV florece el estilo evolucionado y «barroquizante» representado especialmente en Oliva y en el apogeo de los vasos de Liria, con decoraciones florales más o menos elegantes y trazadas en un estilo menos libre que en el «clásico» de Archena y con figuras humanas y de caballos, más perfectas en cuanto a la anatomía y detalles de las cabezas y con vestiduras de gran elegancia y con representación de joyas, detalles del peinado, etcétera (vasos de Oliva, la Serreta, el Chapolar y Liria).

5) En el siglo III tiene lugar una degeneración del estilo conocida por ejemplares de Elche y Liria, que sigue en el siglo II, probablemente con los fragmentos del Tossal de Palops, etc.

6) La última degeneración de las decoraciones del SE., se manifiesta a través de los primeros tiempos de la romanización —comprobando esta fecha los fragmentos del Tossal de Manises con numerales romanos—, en que aparece también el nuevo estilo semejante al de la cerámica celtibérica de época romana de Arcóbriga y que no sabemos hasta cuándo dura.

(76) I. Ballester en *Labor Servicio I. Preh.*, 1935-39 (Valencia, 1942), pp. 54-162; Id. en *Labor Servicio I. Preh.*, 1940-48 (Valencia, 1949), pp. 129-178; Id. *Las excavaciones en San Miguel de Liria desde 1940-1943 (Archivo Preh. Lev., II. 1945, pp. 306-317)*; L. Pericot, *La cerámica de San Miguel de Liria. (Rev. Archéol., 1936, pp. 95 y ss.)* con los desarrollos de los vasos más importantes, reproducidos también en Bosch, *Poblamiento, láms. LIX-LXIV*; Ballester, *Infl. grieg.*; García y Bellido, *Ars Hispaniae*; García y Bellido, *Art. Ib.*; Maluquer, *Puebl. ib.*; *Corpus Liria*.

(77) Fletcher, *Frag. cerám. Liria*.

Raíces de poblamiento y civilizaciones del continente americano

A Isabel del Castillo, en pago de una deuda

PREAMBULO

¿DONDE ha nacido el hombre? ¿Cómo? ¿Cuándo? He aquí los tres interrogantes principales que a través de los tiempos el ser humano hizo remover en su cerebro, desde el momento que adquirió conciencia de sí hasta éste de ahora en el que la fiebre de investigación, con la solución del enigma, aparece en su apogeo.

Más o menos vagamente, más o menos fantásticamente, más o menos científicamente se había respondido a sí mismo según los elementos de orden psíquico que constituían su ser sensible y pensante y que en su curiosidad, porían ayudarle. Más que respuesta, fué durante mucho tiempo una interpretación. Interpretación del principio de las cosas y de los seres que tenía, como condición ineludible, carácter extrahumano. Poco a poco fué modificando esa su interpretación del fenómeno de la vida en general, y por consiguiente de la suya propia. Interpretación extralúcida en principio, fué más tarde asociada a la fenomenología de la naturaleza hasta

que la ciencia llega a adquirir su mayoría de edad y muestra entonces, metódica e incontrovertible, una verdad real, definitiva; la verdadera verdad de su pasado. Remoto pasado escondido en la distancia inmensa, distancia que ahora el hombre ensaya de fechar aproximadamente, ahora que el hombre puede conocer mejor, y conoce, la historia de esos millares de generaciones que le han precedido.

Antes de que el hombre rudimentario y el esbozo de hombre aparecieran sobre la Tierra, la vida animada, como es sabido, contaba ya millones y millones de años. Largo camino biológico ese, durante el cual, la forma viviente ensaya fórmulas cada vez más complejas, más perfectas, más adecuadas al medio que lo sustenta. La conquista progresiva del medio por el mundo animal, va acompañada o más propiamente dicho, precedida, de un mayor grado de perfección del fenómeno psíquico que, de reacción en reacción, produce a la conciencia. Esta conquista íntima del mundo animado culmina en el hombre y así

él adquirirá la posibilidad de separarse del gregarismo del resto de las especies. No será ella una transposición brusca, radical y repentina; no tendrá ni mucho menos el carácter de una revelación. La revolución que crea la revelación de la conciencia es al comienzo, comienzo que dura miles de años, una mezcla vaga, un barruntamiento, que liga el presente de entonces de memoria y análisis de las cosas circundantes, los antecedentes anímicos del instinto que se quedarán atrás, con el porvenir que le llevará a la conquista de la inteligencia. Esta realización del hombre por la naturaleza, o en la naturaleza, ni es un acontecimiento brusco de mutación radical ni es consecuencia selectiva de lucha, de lo que se dio en llamar durante mucho tiempo «la lucha por la vida». Es consecuencia de una especialización peculiar a la rama zoológica a que pertenece, en la evolución de las células cerebrales que propician el complejo de sensibilidad emotiva. Y la facultad de razonar venida de la retentiva que posibilita la experiencia, el análisis, la comprensión, el escoger y el graduar la valorización cuantitativa y cualitativa de las cosas, es una acumulación gradual de progresos psíquicos que pudieron ser a causa del lenguaje (cuya adquisición es otro proceso lento), y todo ello por la vida en sociedad.

El hombre es, pues, el resultado de cientos de ensayos que comienzan con el ser microscópico unicelular aparecido en los mares de la Era Primaria y aún antes; de los que se producen sin oxígeno porque en la Tierra aún no existe atmósfera; y cuyos representantes directos actuales parece que son el microbio del cáncer y el tetánico que mueren o no pueden tener viabilidad, como aquellos primeros, al contacto del oxígeno.

Inmenso trabajo biopsíquico que atraviesa los espacios del tiempo y salta todas las barreras de las formas, pasando la multiforme variedad de los animales marinos por el rudo trabajo de estos encauamamientos evolutivos que van a llevarles a la ocupación de la tierra firme. Salto decisivo aunque mediocre con los anfibios. Cabeza de puente no menos prometedora por precaria.

Ya la naturaleza admite en su seno los hijos de los recién llegados del fondo del mar, y después los nietos que quieren adquirir como quien dice carta de naturaleza terráquea. Hijos estos de intrusos, resultan dueños del suelo firme, pero con la influencia del atavismo ancestral, no saben vivir lejos del agua y pululan en medio de grandes llanuras herbáceas cerca de los bosques colosales de helechos a orillas de lagos inmensos

por Fabián MORO

o de lagunas, concavidades, rellenas de agua, que se han producido en la Tierra durante sus períodos de juvenil turbulencia. Su cuerpo gigantesco que resucita sobre el agua con su silueta estrambótica en las silenciosas soledades, se nutre de insectos que son ingeridos en inmensas cantidades. Así viven, despreocupados y tranquilos porque no tienen enemigos, ellos los saurios desdentados y torpes. Este ensayo desgraciado aunque espectacular quedara en eso, en ensayo. Otras formas mucho más menguadas de tamaño pero de mayor vivacidad de movimiento y una mayor complejidad síquica vendrán a sustituirlos al resistir mejor también, las nuevas condiciones climáticas del globo, quedando hoy tan sólo algunos muestrarios menguados en tamaño y en cantidad en algún rincón inospitativo de las islas del Pacífico.

Pero aquellos animales perezosos incapaces de reacción ni de adquirir el sentido de la sociabilidad darán antes de extinguirse la rama zoológica que conquistará los aires: el pájaro. A través de las grandes edades geológicas nuevas formas van apareciendo. El escenario de la Tierra cambia, se transforma, y los actores van a su vez perfeccionándose unos, desapareciendo otros, cambiándose así la fisonomía del mundo viviente animado. Todo es cambio en el fenómeno del Universo. Cambio exuberante en la Forma; y a ese cambio llamamos Evolución. La evolución es el resultado de dos funciones sincronizadas. Una física y otra psíquica. Cuando se trata de la materia viviente, de la vida celular. Física solamente cuando se trata de la vida molecular; del espacio, de los minerales, de la geografía. En uno de sus períodos culminantes se inicia el proceso parcial que esquemáticamente vamos a estudiar en trabajos sucesivos.

Todavía el problema de la cerámica ibérica

(78) mencionados por Bailester en *Labor Servicio I. Preh.*, 1935-39, p. 62. El skyphos barnizado de negro ha sido clasificado por Lamboglia, *Clas. prelim. cerám., camp.*

(79) Bosch, *Poblamiento*, pp 242-243.

(80) Fletcher, *Fragm. cerám. Liria*.

(81) Antonio Beltrán en *La cronología de la época ibérica según las monedas e inscripciones*. (Congreso SE., VI, pp 144-149, comprobaba que, en las monedas ibéricas imitadas de Emporion, las leyendas en alfabeto ibérico se fechan de 200 a 190 a.u.n. Era, y en la discusión de este trabajo rto Beltrán observaba que los signos alfabéticos de las inscripciones de los vasos son parecidos a los de las monedas fechadas por Antonio Beltrán y que las inscripciones de los vasos de Liria serían más o menos contemporáneas de la destrucción de Sagunto en 219. Esto se hallaría de acuerdo, en general, con nuestra cronología que coloca los vasos con inscripciones en el siglo III. Últimamente Fletcher (*Sobre la cronología de la cerámica pintada de San Miguel de Liria en Congreso Internacional de las ciencias prehistóricas y protohistóricas, actas de la IV sesión, Madrid, 1954, Zaragoza, 1956, pp. 743-748*), reemprende la cuestión de la cronolo-

gía de la cerámica de Liria, mencionando como fechas extremas la del iekythos de figuras negras en 475 y las monedas ibéricas de ceca saguntina de época sertoriana, una de ellas encontrada en la zona habitada del poblado, cuya fecha coincidiría con la del incendio de la ciudad en 76 a.d.n. Era, según los textos, Fletcher cree que las primeras muestras de cerámica pintada de Liria, con simples bandas horizontales son de fines del siglo IV, por haberse hallado ese tipo en urnas cinerarias próximas al poblado en una zona de sondeos en que apareció un óbolo emporitano que puede atribuirse a fines del siglo IV. Entre esta fecha y las guerras sertorianas creería dicho autor deberían colocarse los vasos pintados de Liria, pues en la época del iekythos de 475 no cree que se usasen vasijas pintadas, sino cerámica de factura tosca de pasta gris, hecha a torno recordando la céltica. Nosotros insistiríamos en las razones que damos en el texto para una distinta cronología. La aparición de vasos distintos estilos en una misma cámara del poblado no creemos que sea prueba suficiente para rebajar las fechas de estilos, que por comparación con otros lugares — especialmente La Serrera y Oliva — parecen ser las que nosotros proponemos.



A MANERA DE INTRODUCCION A UNA HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO EN ESPAÑA

Las luchas del pueblo español desde la Edad Media hasta el siglo XVIII

III

Contra las reclamaciones de Carlos V a las Cortes para sus guerras y empresas, contra las exacciones de los ministros extranjeros, el atropello a los municipios castellanos, orgullosos de sus fueros, y los despojos que llevaban a cabo los agentes del poder real, se produjo la insurrección de los «comuneros» de Castilla. Las fuerzas populares, el común, se agruparon para la defensa. Los nobles combatieron al comienzo junto con las clases laboriosas, pero atemorizados por el giro que iban tomando los acontecimientos, se separaron y en parte pasaron al bando opuesto, el del emperador. Dirigieron el movimiento de resistencia en Avila el pelaire Pimpos, en Medina del Campo el tundidor Bobadilla, un cerrajero se puso al frente de la rebelión en Burgos, en Salamanca el pellejero Villoria, el mismo que llegó a ordenar la confiscación de los bienes de los señores y el destierro de los caballeros. En Dueñas y Najera hubo recepciones contra los señores y en todas partes se alistaron los oficios para combatir contra los imperiales. Algunos nobles, sin embargo, quedaron vinculados a la causa común y de los fueros de las ciudades: Padilla, Bravo y Maldonado, y fueron ajusticiados, como numerosos menestrales castellanos, pero el movimiento, a pesar de la presencia de esos miembros de la nobleza, fué eminentemente popular en su último período y de marcado tono social.

A fines del primer tercio del siglo XVI estalló también el movimiento insurreccional de las *germanías* de Valencia, un movimiento típicamente popular contra la voracidad y la osadía de la aristocracia. Un cardador de lana, tribuno del pueblo, Juan Lorenzo, organizó la resistencia activa contra los nobles; propuso a los oficios de Valencia la formación de una junta compuesta por trece obreros que se encargaría de sostener la causa del artesanado contra los desafueros de los señores. Así surgió la germanía, que dirigió Juan Lorenzo con ayuda de Guillén Sorolla. Fué declarada la guerra a los nobles; éstos, aterrizados, pidieron ayuda al rey; el alcalde de Valencia, Diego de Mendoza, tuvo que salir de la ciudad. Los agermanados se organizaron militarmente, con mandos propios; lograron extender la insurrección a otros pueblos de la provincia y también a muchos de Alicante, Murcia y las Baleares. El empleo de la fuerza, llevó, naturalmente, a abusos que el propio Juan Lorenzo condenó y no pudo impedir; su sereno criterio no primó siempre en aquella efervescencia; el pueblo tomó algunas venganzas contra los aristócratas, pero en la lucha abierta contra las tropas

reales, los artesanos, menos experimentados y con peor armamento, fueron vencidos y se les hizo luego objeto de las peores venganzas y represalias. Como en otras innumerables cuestiones hasta nuestros días.

El hambre en Andalucía provocó numerosos hechos de desesperación en todos los tiempos, como el motín de 1652. Se mencionan en el siglo XVI, veintinueve azotes de períodos de hambre; en el siglo XVII se contaron treinta y cuatro períodos de penuria extrema por pérdida de cosechas, por sequías o excesos de lluvias o por la langosta; la población fué diezmada en esas ocasiones. Y J. Díaz del Morral, en su *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas* (1929), hace estos comentarios: «Y mientras Andalucía y España entera languidecían de inanición,

mo impropias de caballeros, y efectivamente, en la nueva recopilación legal promulgada en tiempos de Felipe II, se establece como condición para ser caballero: «No vivir por oficios de sastres, ni de pellejeros, ni carpinteros, ni pedreros, ni ferreros, ni recatones, ni zapateros, ni de otros baxos e viles». (Ley IV, título 1, libro VI).

Creció la burocracia, pulularon los pretendientes a empleos de la Corte en América. Se creía en general que los nobles desmerecían en su prosapia si se consagraban a cosas de la industria. En tiempos de Carlos II se dió la pragmática en que se declaraba que el mantener o haber mantenido fabricas, no era contrario a la calidad, inmunidades y prerrogativas de la nobleza, aunque esa declaración se refería sólo a los fa-

mica, intelectual y moral, surgen las Sociedades económicas de amigos del país, que secundaron la política progresista de modernización de España; la de Madrid fundó escuelas gratuitas para los hijos de los pobres, y el gobierno fundó un Monte de Piedad para proveer de materias primas y de trabajo a las mujeres que carecían de recursos para sus actividades laboriosas.

Los gremios seguían oponiendo dificultades para el ingreso de nuevas fuerzas en ellos; el aprendizaje se prolongó hasta cinco años, los aprendices de carpinteros que querían examinarse para pasar a la calidad de oficiales, tenían que pagar doce ducados de limosna para ayuda de misas y cera a San José, y quinientos maravedises a cada uno de los examinadores; entre los carreteros, había que pagar doscientos reales para el santo patrón del oficio, y los derechos del escribano que tomaba el testimonio del examen; los constructores de coches que aspiraban a la condición de maestros, debían pagar un real de ocno para la carta de examen, tres ducados a la corradía de San José, cuatrocientos reales al tesorero del gremio (Madrid).

A fines del siglo XVIII, los trabajadores dedicados en España a tareas agrícolas e industriales no pasaban de dos millones; y eso explica la supervivencia de tantas minucias gremiales; los obreros manufactureros sumaban en el país menos de 300.000, la mayor parte de ellos en Aragón, Cataluña, Valencia, Granada. Según las cifras dadas por Fernando Garrido en su *Historia de las clases trabajadoras*, los obreros manufactureros se distribuían así a fines del siglo XVIII:

Aragón	29.708
Asturias	2.503
Burgos	3.603
Cataluña	26.771
Córdoba	5.374
Cuenca	7.292
Galicia	11.284
Granada	11.770
Guadalajara	1.956
Guipúzcoa	3.980
Jaén	4.478
León	2.150
Madrid	1.594
Mancha	12.229
Murcia	8.954
Navarra	3.943
Palencia	5.048
Salamanca	1.857
Segovia	12.249
Sevilla	16.539
Soria	3.258
Toledo	3.260
Toro	3.200
Valencia	39.202
Valladolid	6.579
Vizcaya	4.040
Zamora	725
Mallorca	2.992
Canarias	5.806

por Diego ABAD DE SANTILLÁN

Madrid ardía en fiestas; justas y torneos, toros y bailes aturdirían con su magnificencia y su esplendor y su riqueza a los que tenían la dicha de presenciar los festejos con que el conde-duque de Olivares distraía los ocios de la sacra católica y real majestad de nuestro señor Felipe el grande (Felipe IV); los tesoros de Indias cuajaban de oro los enormes retablos de las innumerables iglesias de Andalucía; y la grandeza llenaba ciudades y villas de ostentosos palacios y casas solariegas. Sólo por milagro de la inercia se mantenía en pie aquel coloso con pies de barro.

Hubo un cierto florecimiento industrial en España a comienzos del siglo XVI, pero pronto lo malograron las guerras mantenidas en toda Europa, primero, y el descubrimiento y la conquista de América, después, unido todo ello a la expulsión de los judíos y de los moriscos, hechos que causaron una pobreza espantosa de las masas populares, de la que no fueron liberadas por los galeones que llegaban del Nuevo Mundo cargados de oro y metales preciosos. España, que había sido durante muchos siglos uno de los focos más prósperos y ricos de Europa, quedó convertida en un campo de desolación. En 1655 habían desaparecido ya 17 gremios por haber cesado las respectivas fuentes de trabajos, entre ellos los oficios del hierro, del acero, del cobre, el estaño, el plomo, el alambre, el zinc y otros. Proliferaron los aventureros, los mendigos, los frailes, los rufianes y los picaros. Se afirmó el ocio en lugar de la laboriosidad; la industria no fué estimulada con el oro de los ricos, ni el comercio, ni la agricultura; las tareas del labrador y del artesano cayeron en descrédito, co-

bricantes, no a los menestrales y oficiales, que seguían siendo de baja y vil condición.

Ante las dificultades y escasez de trabajo, se acrecentaron las trabas gremiales. Jovellanos cita el caso de Gabriel Maroto, que se vió obligado a mantener una dura lucha contra el gremio de pasamaneros en defensa de su pequeña manufactura de cintas. En 1684 los vecinos de Pastrana instalaron una fábrica de cintas; los de Fuente de la Encina hicieron lo mismo en 1690, lo cual llevó a un largo pleito que terminó con el ataque de los de Pastrana a los de Fuente de la Encina y el apresamiento de los obreros rivales, conducidos como prisioneros de guerra de un pueblo a otro, hasta que les embargaron los tornos y demás utensilios del oficio.

Los monopolios de los gremios aumentaban a medida que aumentaba la miseria popular, con las desigualdades más irritantes dentro de los gremios, la pérdida de su condición democrática y la decadencia de la calidad de los artesanos. En Aragón se redujo la jornada a ocho horas y aun menos, por efecto de la situación económica general y de los privilegios del gremio más que como resultado de una conquista social efectiva y común.

En 1766 se produjeron amotinamientos como el de Madrid contra el ministro Esquilache, que tuvo cierto matiz socialista, pues dió oportunidad a que el pueblo manifestara contra las clases acaudaladas.

Contra la usura y los altos precios del trigo hubo levantamientos de artesanos y labradores en Zaragoza, Cuenca, Palencia, Alicante, etc.

En la época de Carlos III, un período de reconstrucción econó-

Gobierno democrático y revolucionario

SINGULARMENTE para nosotros, los cusqueños, el recuerdo del Libertador Bolívar es inmarcesible. Más que todo, para las generaciones jóvenes del Cusco, la fama de su gloria no «crece como la sombra cuando el sol declina», como reza en la conocida arenga de Choquehuanca, pronunciada en las pampas de la altiplanicie de Pucara, hace más de un siglo, sino que se abrianta y cobra mayor claridad y precisión, antes bien, cuando la luz de la crítica sobre los hechos de los grandes hombres se levanta cada vez por la horizonte del pasado y disipa toda clase de sombras que esfumen la realidad o la deformen. Porque aún para la comparación metafórica, la sombra del sol que declina, por mucho que crezca y se agigante gradualmente, es la noche misma que funde en la obscuridad y en la confusión las realidades más concretas. La sombra deforma, desvanece, esconde, cuanto más espesa y gigante. En cambio, la luz patentiza, reanima, luce, lo mismo en la vida real y contenido escolástico discutible, por las premisas sin que la aludida arenga, de brillo retórico, tiene una cotidiana que en el transcurso de los siglos. Fuera de rigor histórico de que parte en sus alusiones precisamente históricas, desde luego, coincidiendo con algunos Cronistas, en cuya obras sobre los orígenes del Incanato se incurren en iguales errores.

La «arenga» dice: «Quiso dios de salvajes formar un imperio y creó a Manco Cápac». A la luz de las investigaciones científicas, no hubo «salvajes» antes del primer inca. Más bien el Estado incaico fué la creación de sus propios pueblos en el momento en que llegaron a su progreso económico y político, sin cuya circunstancia los incas no habrían existido aún. Continúa la arenga: «Pecó su raza y mandó a Pizarro». Tampoco es cierto que la «raza» aborigen haya «pecado» en manera alguna, antes de la llegada de Pizarro, cuando entonces sus creaciones civilizadoras culminaban cada vez a mayor altura. Finalmente, dice Choquehuanca: «Después de tres siglos de expiación ha tenido piedad de América y os ha enviado a vos». Pero a Bolívar no se le puede equiparar con los «providenciales», por mucho de que aquel discurso sea más un panegírico que un enjuiciamiento histórico. Bolívar, como todas las grandes figuras del pasado, es uno de los factores de la historia de la emancipación hispanoamericana, como *individualidad*, como héroe, como *talento*, conjugadas esas cualidades con las otras grandes causas generales que intervienen en todo acontecimiento de valor social, como las fuerzas y las relaciones de producción y el momento histórico. Bolívar es el adalid que encarna el ansia de emancipación del dominio español, impelido por el influjo popular. Por lo mismo, esos hechos de personalidades representativas del momento histórico, como Bolívar, a la luz de la crítica racional, cobran cada vez, a medida que transcurre el tiempo,



mayor objetividad y precisión, en cuanto esos hechos mantienen su influjo perenne sobre los pueblos a los que benefició y subsisten acordes con los ideales que los motivaron. En este caso, con los pueblos liberados del dominio monárquico y con los ideales democráticos que encarnaba el Libertador e impulsaban su espíritu. Sólo el pueblo es la luz de los grandes hombres.

Tal ocurre con el recuerdo que el pueblo cusqueño le guarda al caraqueño, que visitó la antigua capital de los Incas. Dada su noble pasión por los asuntos de la cultura, aunada a su ímpetu guerrero, Bolívar no podía dejar de ir al Cusco, núcleo de una cultura original y la más avanzada de la América precolombiana. En su carta al general Santander, de 10 de mayo de 1825, desde Arequipa, le decía: «Me voy por el Cusco a darle un vistazo a aquel país y un arreglo provisorio que bien lo necesita». «Soy poco sedentario para sufrir el bufete». (V. Lecuna: «Simón Bolívar». Obras completas. La Habana, 1950). En esa forma, desvió su viaje al Cusco, antes de dirigirse al Alto-Perú, donde Sucre le preparaba su entrada.

A su vez, para los habitantes del Cusco la presencia de un Libertador victorioso tendría la virtud de refrescar el recuerdo de aquéllos no menos insignes próceres cusqueños que, a pesar de sus esfuerzos, no lograron alcanzar la fortuna de la espada bolivariana, pero no obstante, adquirieron grandeza histórica, con la cual realzarían la del ilustre visitante. Su presencia era, pues, esperada con las mismas o parecidas ansias con que el pueblo esperó el triunfo de Túpac Amaru, en 1780, o el de José Angulo, en 1814. Bolívar, más afortunado, los simbolizaba a todos y los encarnaba dignamente. Cuantos cusqueños que tomaron parte en aquellas acciones, vivían aún cuando Bolívar llegó al Cusco. Aquellos paladines, eran los verdaderos *precursores* de la revolución hispanoamericana, que con sus hechos y no con simples palabras, sermones, discursos, folletos publicados desde grandes distancias de los acontecimientos, en su mayor parte, despertaron la conciencia de los pueblos o mejor dicho, concretaron sus recónditos anhelos de emanciparse del colonialismo. Por

todo ello, la entrada de Bolívar al Cusco tuvo caracteres de apoteosis sin paralelo.

Durante las pocas semanas que Bolívar permaneció en el Cusco realizó una labor beneficiosa que hasta hoy perdura en sus efectos, a tal punto que bien podría asegurarse que el Cusco del siglo XIX fué tan sólo el Cusco beneficiado por el Libertador. La «dictadura bolivariana», de que hablan sus detractores, considerada como un «despotismo aristocrático» (reaccionario, por tanto) fué en el Cusco, durante el mes que duró su visita, un gobierno democrático, progresista, más aún, revolucionario, por las medidas adoptadas en bien de los intereses populares. Para juzgarle a Bolívar con la debida objetividad e imparcialidad, habrá que recordar que mientras en Lima, la antigua capital del colonialismo, las clases dirigentes y los congresos, (clases y congresos formados por eclesiásticos de alta jerarquía, por profesionales que en su mayor parte eran descendientes de familias linajudas, beneficiadas más que nadie por la Emancipación, por terratenientes provincianos, aliados y protegidos de aquéllos), le impelían a Bolívar a ejercer la dictadura — porque a su sombra refloreaban las oligarquías, en esta vez «republicanas» —, en el Cusco, al contrario, le estimulaba el aura popular y le sugería avanzado espíritu democrático. Es que en la antigua capital de los Incas agitaba las conciencias y los corazones el anhelo de liberación del régimen colonial, desde siglos atrás. Anhelo de reformas sociales y no solamente de emancipación política. Como consecuencia, se mantenía vivo el recuerdo de sus grandes próceres arriba mencionados, que, todos, terminaron en el cadalso y sucesivamente, dando ejemplo a otras regiones del Perú, motivo por el cual, dicho sea de paso, Hipólito Unanue le decía a Bolívar, en su carta de 20 de julio de aquel mismo año: «Seguramente que en el Cusco habrá V. E. encontrado más amor a la libertad, al menos es el pueblo que ha hecho más esfuerzos por conseguirla» («Memorias del general O'Leary», t. X.) De esas medidas trascendentales que adoptó en su breve gobierno del Cusco hablaremos más adelante.

Antes de hacer ese análisis de

sus brillantes iniciativas, de orden social, mas que todo, no estara de mas esbozar aqui un relato recordatorio de la manera como fue recibido en el Cusco, recibimiento que habia en favor del espiritu democratico de su pueblo, que en aquellos dias sabia dar meritos y exaltar a sus libertadores, sin caer en la adulacion. Aquellas fiestas celebradas, tan sólo despues de los seis meses de la victoria de Ayacucho, superaron a las realizadas algo mas de tres décadas atrás. a propósito del establecimiento de la Real Audiencia, en 1788. Sólo que las «Fiestas Reales», relatadas en un libro impreso en Madrid, por su autor el R. P. Ignacio de Castro, rector de la Universidad de San Bernardo, como extraordinarias y suntuosas, fueron organizadas por las autoridades españolas y por la clase aristocrática, las «Fiestas Bolivarianas» lo fueron por cooperación popular espontánea.

Nos sirve de principal fuente de información el semanario de aquella época «El Sol del Cusco». Se inicia la crónica desde el momento en que Bolívar y su comitiva transponen la frontera natural conocida por «La Raya», a cuatro mil metros de altura sobre el mar, que separa la altiplanicie del Titicaca de la hoya cusqueña del Vilcanota. Un fenómeno geofísico, digno de anotarse, ocurre allí. De las nieves perpetuas de la cumbre de «Riti-Seque», que se levanta majestuosa casi al borde del camino, se desprenden dos hilillos de agua cristalina; uno de ellos cursa hacia el lago Titicaca y, el otro, corre en sentido opuesto, hacia el Cusco, en buena cuenta, hacia el Amazonas. Esos hilos de agua alambicada, diríamos así, se trocarán más adelante en poderosos ríos, sobre todo el que camina rumbo al Cusco, el extenso Vilcanota, alimento principal de las charcas de los valles cusqueños, sobre cuyos bordes se construyeron las famosas anderías del cultivo de los Incas. Del mismo modo, en La Raya, se constatan dos panoramas geográficos y sociales, característicos del sur del Perú, el de las extensas pampas de la Altiplanicie, de flora esteparia, y el de los vergeles de la hoya del Vilcanota, a más baja altura, con sus maizales erguidos, ya en sazón, sus caminos flanqueados por infinita variedad de flores, por arboles y arbustos que revelan el vigor de estos campos. Luego, el panorama de las poblaciones del Collao o Altiplanicie, situadas a grandes distancias unas de otras, separadas por pastizales donde pacen rebaños de alpacas y de vicuñas, confundidos con la extensión desmesurada y gris de las pamas. Desde La Raya hacia el Cusco, se pasa de súbito a la sucesión de nutridas, luminosas y risueñas poblaciones, desde donde se ofrecen a cada paso campesinos llenos de gallardía y siempre

del Libertador Bolívar en el Cusco

vigorosos para afrontar sus desahucios históricos de todos los tiempos, prontos a la hospitalidad.

Traspuesta La Raya, Bolívar pasó la noche en «Aguas Calientes», todavía sumido en el páramo, donde se le había preparado un alojamiento «lleno de majestad y gusto», toda una hospedería improvisada en el momento o «prelabrada», como diríamos ahora, hecha con tableros de madera y con techos de juncos lacustres, buenos para atemperar el frío de la cordillera. Cada aposento, con los pisos cubiertos de mullicas almohoras, así como los interiores entapizados de sedas y felpas; arañas de cristaleras finas iluminaban con sus bujías todos los ámbitos, en tin. Comodidades dignas del nubesped, proporcionadas, hasta el colmo, espontáneamente, por acción popular y no como una imposición de las autoridades, como se hacía con los jefes de la coloniaje.

Cada población del tránsito, en el recorrido de las 35 leguas españolas, desde La Raya al Cusco, le salía al encuentro del «padre de la patria», para acompañarlo al viajero hasta dejarlo en la población próxima, entre frenéticas algaradas de bandas de música indígena, de comparsas de bailarines, derramando flores por todo el camino, como se hacía así en tiempos pasados, cuando los Incas volvían victoriosos a su bella ciudad.

El 24 de junio, víspera de la entrada al Cusco, pernoctó en la hacienda «Quisquicanchi», a cuatro leguas de la capital incaica, hasta hoy de espléndido caserío, pues era otro de los lugares de verano de la nobleza criolla. Hasta allí fueron las principales autoridades cusqueñas a darle la bienvenida.

La mañana del sábado 25 de junio de 1825 llegó Bolívar al Cusco. Todo el pueblo lo esperaba junto al centenario y entrañable árbol «El Chachacomá», que aún se mantenía enhiesto hasta nace poco. El municipio le ofreció allí un caballo fresco, de remuda, cu-

por José Uriel García

vos arneses y guarniciones tenían chaperías de oro. La numerosa cabalgata hizo su entrada a la ciudad pasando por en medio de vistosos arcos triunfales, llenos de cintas y festones, de los que pendían monedas de oro y plata. Salvas de artillería atronaban los aires, desde Sacsahuaman y Coricancha. Repiques enloquecidos y nunca más sonoros de las campanas cusqueñas, que también ellas demuestran para estos días extraordinarios su «alma» cargada de oro, tañendo jubilosas por todos los ámbitos. Comparsas de danzantes y de bandas de músicos, traídas de lo mejor que se cultivaba en materia de arte coreográfico popular en cada provincia, desde la época de los Incas. Las balconerías y ventanales de las calles por donde debía de pasar la comitiva rebrillaban al sol de la mañana de junio, la época más despejada del cielo cusqueno luciendo sus ricos entapizados de sederías y felpas de los grandes días y desde donde bellas amas cusqueñas, engalanadas a su vez con sus mejores trajes y joyas, le echaban al Libertador manojos de flores, le vertían perfumes de exquisitas esencias, le soltaban en su honor palomas encintadas. Por último, en cuanto pasaba el cortejo, arrojaban desde allá, a la multitud gozosa, siguiendo las costumbres de antaño, monedas de oro y plata, palanganas, vajillas y otras joyas de los mismos metales finos que eran el lujo de las reposterías, para que los pobres se las recogieran y las hicieran por suyas, algo así como una indirecta aunque vanidosa restitución que se les daba en obsequio de la libertad y del Libertador. Durante muchos días permanecieron así engalanadas las portadas de toda la ciudad.

Bolívar fué recibido bajo palio en el atrio de la catedral y conducido así al interior del templo, donde el cabildo eclesiástico le cantó el «Te Deum». Terminada la ceremonia, el prócer fué invitado a caminar a pie hasta su alojamiento, de allí a pocos pasos. Se le preparó el hospedaje en el local del antiguo colegio del Sol o de Los Caciques, un monumento colonial majestuoso, que todavía se yergue, al fondo de una plazuela y al costado de la «Casa del Almirante», sobre una espléndida terraza incaica. Desde las ventananas de «San Borja», que así también se llamó posteriormente el colegio de los Caciques, se domina la plaza de Armas y una extensa zona de la ciudad, en perspectiva más dilatada que desde la Casa del Almirante. Desde allí contemplaría el huésped cómodamente la quema de castillos y fuegos

de artificio que durante muchas noches le iban a ofrecer los del gremio de los pirotécnicos, gremio numeroso en la sociedad colonial, que se pasaba casi todos los días en festejos religiosos.

Mientras caminaba a pie, niños, ancianos, gentes humildes le tomaban las manos para besárselas, llamándole «padre», «piadoso con los pobres». En el amplio salón de la casa del hospedaje, preparaba, como en todas partes, «con majestad y gusto», fué recibido por numeroso concurso de señoras y por los componentes del comercio de la ciudad. Allí, en nombre del comercio, después de un breve discurso, la señora «prefecta», doña Francisca Zubiaga de Gamarra, esposa del prefecto del Departamento general, Agustín Gamarra, la que años después llegaría a ser la famosa «mariscala» y presidenta del Perú, compartiendo de esos títulos con su esposo, «mujer excepcional, tan extraordinaria por su voluntad como por su inteligencia», que «como en Napoleón, todo el imperio de su hermosura estaba en su mirada», al decir de esa otra mujer singular, Flora Tristán, la no menos famosa líder obrera, franco-peruana, allí, repetimos, le ciñó la frente de Bolívar con una guirnalda o corona cívica, de oro, matizada de perlas y de brillantes, como homenaje de todo el comercio cusqueño, la clase más favorecida con la emancipación.

Sin entrar en mayores detalles sobre la diversidad y esplendidez de las fiestas bolivarianas, nos baste enumerar solamente algunas, ofrecidas por el júbilo popular. Las iluminaciones nocturnas extraordinarias, con farolillos que se colgaban de todas las ventanas, portadas, campanarios, incluso se iluminaban desde la cumbre de Sacsahuaman, visible de toda la ciudad. Los variados fuegos de artificio que se quemaban cada noche, las funciones de teatro, organizadas por los mismos comerciantes y ejecutadas en la escena por la juventud, a la que el homenajeado supo congratularla y estimularla debidamente. Las corridas de toros, ofrecidas por turno por las provincias, durante tres días sucesivos. Cada día el mayordomo subía al palco de Bolívar, en el coso improvisado en la plaza del Regocijo, para obsequiarle con la llave de oro de la puerta del toril, momentos antes de que se corriera la lidia. Acaso tanta profusión de oro en obsequio al ilustre huésped, se debía al gusto de la animadora principal de las fiestas, la «prefecta», pues según la misma autora de «Peregrinaciones de una Paria», solía decir la



cusqueña : «Me gusta el oro. Es el mejor adorno de un peruano».

Bolívar, días más tarde, poniendo en práctica aquello de «soy poco sedentario para sufrir el bufete», después de haber visitado en todo un día especial las colosales construcciones de Sacsahuaman, viajó a Urubamba, a conocer también las no menos famosas andenerías de cultivo de los Incas, en Yucay, y, luego, pasó a Ollantambo a ver las imponentes murallas y poblaciones de ese lugar. No por ofuscado con el halago constante ni por presumido de vanidad, sino con esa reflexión justa y sencilla de los grandes hombres, Bolívar exclamará en sus cartas : «He visto monumentos preciosos del hermoso país de los Incas». «El prefecto y todo el pueblo me han obsequiado de un modo extraordinario. Diré a usted con franqueza que a primera vista me parecen los nietos y conciudadanos de los Incas los mejores de los peruanos. Creo que en otras provincias no hay la bondad que en ésta». (Carta a Unánue, 22 de julio 1825). Los nietos y los conciudadanos de los Incas, valga decir, los cusqueños.



SOLIDARIDAD OBRERA SUPLEMENTO LITERARIO

Journal autorisé par arrêté ministériel du 8 mars 1948

Giros : C.C.P. Paris 1350756
Roque Llop, 24 rue Ste-Marthe
Paris (X)

TELEFONO

Red. y Adm. : BOT 22-02

SUSCRIPCION INDIVIDUAL
Trimestre 1,10 NF
Semestre 4,20 NF
Año 8,40 NF
Extranjero (año) 10,00 NF

Extranjero (por avión)
América del Norte 15,40 NF
América del Sur 19,00 NF

La tragedia de Arturo Duperier

En 1933 gana la cátedra de Geofísica en la Universidad de Madrid. La guerra civil de 1936 interrumpe sus actividades docentes en la capital de España, bombardeada de continuo por la aviación racionosa, y se retira a Valencia. En 1938, invitado por la Universidad de Manchester y autorizado por el gobierno de la República española, se traslada a Inglaterra para dedicarse a la investigación de rayos cósmicos, una ciencia entonces casi en mantillas.

Durante la segunda guerra mundial (1939-45), Duperier trabaja en los altos del Colegio Imperial de Londres, siempre al servicio de la Universidad de Manchester. Todos los días, hubiera o no bombardeos aéreos va a la pequeña habitación donde está instalado el aparato, construido por él, que registra al nivel de la Tierra los últimos efectos del choque de los rayos cósmicos con otras partículas de la alta atmósfera. Algunos días le acompaña al Colegio Imperial y escuchó el tac-tac intermitente del aparato. Duperier anota las diversas frecuencias e intensidad, durante el día y la noche, con que los rayos cósmicos penetran en la atmósfera terrestre y trata de averiguar las causas de sus variaciones. Al mismo tiempo estudia el probable origen de esos rayos misteriosos. De ellos apenas se conoce más que su enorme energía: pueden atravesar masas de plomo de varias metros de espesor.

Puede decirse que en esos años Duperier es el único físico que se ocupa de rayos cósmicos en el mundo. Todos los demás, ciudadanos de los países beligerantes, se entregan a trabajos relacionados con la guerra. Cuando la guerra termina, las observaciones

GINEBRA. — El 10 de febrero de 1959, murió en Madrid Arturo Duperier. Había nacido en Pedro Bernardo (Ávila). Muy pocas veces me ha dolido la muerte de un hombre tanto como la de Duperier. Quizá porque era uno de los dos o tres hombres de ciencia más eminentes que ha producido España en este siglo; porque fué uno de los hombres que más he querido por su talento y su bondad, y porque ha muerto en la plenitud de sus facultades mentales, víctima de su pasión por la ciencia y de las adversas circunstancias en que hubo de cultivarla.

acumuladas por Duperier, el rigor científico de sus métodos y cálculos y sus muy razonadas hipótesis, le colocan a la cabeza de esta abstrusa especialidad. Al fin de la guerra y en años posteriores, el nombre de mayor autoridad en rayos cósmicos, en todo el planeta, es el suyo. Entonces empiezan sus infortunios.

El éxito de su labor personal hace sombra, doble sombra, a otros físicos del país donde reside y a la misma nación que le ha dado hos-

pitalidad y trabajo. Duperier sigue siendo un «alien», un extranjero, un republicano español refugiado. En varias ocasiones fué invitado discretamente a un cambio de nacionalidad. Las ventajas consiguientes no podían ser más tentadoras. La ciudadanía inglesa le abriría las puertas de una cátedra en una universidad del Reino Unido. Entre el sueldo de profesor y otros gajes inherentes al cargo, sus emolumentos subirían a varios millares de libras esterlinas al año.

Duperier rehusa amablemente. En todo era la amabilidad personificada. Prefiere el modesto sueldo que recibe, no superior al de muchos trabajadores manuales especializados, a un cambio de nacionalidad. No se resiste sólo su profundo españolismo de castellano viejo que acepta la fatalidad de su patria. Se resiste sobre todo su insobornable naturaleza ética. Cambiar de nacionalidad simplemente por lucro le parecía una vileza. Era uno de los hombres de mayor sensibilidad moral que he conocido. Para poder sostenerse él con su reducida familia durante la guerra, se veía obligado a traducir al español trabajos de propaganda oficial, hurtando horas al descanso.

Tampoco se avenía a ser un trabajador anónimo en un equipo cuyo jefe aparecía como el único responsable y usufructuario de la labor de conjunto. Era la modestia misma, pero no había nacido para siervo. Quería servir con todo desinterés a la ciencia, pero no a extrañas ambiciones personales. Esta integridad de su carácter y este sentimiento de la autonomía y la dignidad de su propia obra chocaron con las retenciones jerárquicas y autoritarias del medio ambiente. Se estimaba su trabajo, por

rápidez. Durante años, en Londres, yo iba todos los sábados a almorzar en su casa y allí me con-

taba sus amarguras, al comprobar los trenos y sordinas con que tropezaban sus escritos, en vez de las alas y repercusiones que él esperaba. Yo le sugerí alguna vez que enviase sus trabajos a las revistas de su especialidad en los Estados Unidos. No pude convencerle. Era sumamente delicado, y una colaboración espontánea en publicaciones norteamericanas le parecía un acto de ingratitud hacia Inglaterra, que le había dado

asilo y ocupación.

En 1949 sufrió el primer infarto al corazón que le tuvo varios días entre la vida y la muerte. Superada aquella crisis y convencidos su familia y yo de que sus grandes padecimientos morales y sus insomnios correlativos no habían sido extraños a la grave dolencia, y convencidos también de que la afección cardíaca se repetiría fatalmente de continuar en Inglaterra, hice cuanto pude para persuadirle de que volviese a España. «¿Pero qué van a decir de mí los republicanos?» me objetaba con angustia. «Si son juiciosos, y lo son la mayoría — era mi respuesta —, le dirán lo que yo le digo: que España es para usted la vida y además, paradójicamente, la libertad científica. ¿Quién se va a oponer allí a que usted trabaje cuanto quiera y como quiera en rayos cósmicos?»

Me equivoqué lamentablemente. Duperier regresa a España en 1951, invitado por el gobierno de Madrid, que al parecer había ventado ya su fama internacional y creyó tal vez que sería un brillante florón científico para el régimen. En 1953 es reintegrado a su cátedra en la universidad central. Poco después el Colegio Imperial

de Londres le envía como préstamo el aparato con el cual había trabajado una docena de años. Pero el aparato es detenido en la aduana española como un contrabando vulgar. Todavía no se saben los motivos. Lo único cierto es que estuvo retenido en la aduana de España más de cinco años, hasta poco antes de la muerte de Duperier, de un segundo infarto al corazón.

Sus innumerables gestiones para liberar el aparato resultaron inútiles. Hace dos años, yendo de España a Italia para una conferencia de rayos cósmicos, se desvió de su ruta para detenerse un día y una noche aquí en Ginebra y contarme una vez más sus culpas. Estaba desesperado con la inexplicable retención de su aparato. Desde 1951 no había podido hacer ningún trabajo de observación mientras los otros especialistas en rayos cósmicos se aprovechaban de su forzosa inactividad para recuperar la labor y el tiempo perdidos para la ciencia en los años de guerra. Era peor que el suplicio de Tántalo: tener el aparato al alcance de la mano y no poder reanudar con él su actividad creadora.

Duperier atribuía esta conducta incalificable, sin precedentes en la historia de la ciencia de ningún país, a la inquina de un general anciano e ignorante que presidía una comisión atómica y acaso sospechaba que el aparato podía ser un espía autómatas inglés. Pero el origen del secuestro del aparato quizá estuviera más alto. En varias ocasiones, algunos amigos previosores aconsejaron a Duperier que visitara al Jefe del Estado, como se esperaba de repatriados eminentes, y aprovechara la oportunidad para suplicarle la redención aduanera de su cautivo artefacto. Amablemente también, como cuando le brindaron la nacionalidad británica, Duperier declinó esa visita con no menos firmeza. Fiel a España en Inglaterra, siguió siendo fiel a la República en España. El precio de su integridad fué que el aparato continuó cautivo hasta sus últimos días y que ese largo cautiverio acabó paralizándolo para siempre el gran corazón de Duperier, después de haber paralizado durante ocho años su genial cabeza.

En noviembre de 1953, en un artículo titulado «El premio Nobel y la literatura hispánica», me lamentaba yo de que nadie hubiera pedido el Premio Nobel de Física para Arturo Duperier. Como premio de consolación la Fundación March de Madrid ha concedido a Duperier el premio de ciencia de este año, respondiendo al movimiento de gran emoción nacional que produjo su muerte, como un acto de reparación póstuma. Tardeamente se empieza a hacer justicia a su obra. Pero la tragedia de su vida es irreparable.



La «gracia de Dios» para desgracia de la Ciencia

Virgilio Botella y el ciclo novelístico de la guerra civil española

II

A GUARDABA con interés, casi con ansia, la segunda novela de Virgilio Botella sobre el ciclo de la Guerra de la Dignidad Española: *Así cayeron los dados*. Los dados son aquí el símbolo del azar o del destino. He escrito en otro lugar, recordando unas pláticas con Don José Ortega y Gasset, allá, por el año 1932, en los pasillos del Congreso de los Diputados: «La fatalidad y el azar son nociones que para el hombre se identifican en el sentimiento de la propia indeterminación, pero que son intrínsecamente antinómicas. La fatalidad supone determinación absoluta, y el azar, la absoluta indeterminación. La una es la causalidad de la materia; el otro, la casualidad, la invención imprevisible de la vida. Mas en ambos casos el nombre se halla igualmente inerte ante lo necesario o ante lo imprevisible, por donde el hado y el azar se identifican para él en el sentimiento de la impotencia ante el Destino».

Este sentimiento de la propia indeterminación ante lo irremediable alcanza su perfección paradigmática en la condición del desterrado o exiliado. Un desterrado es como un árbol sin raíces, a merced de todos los huracanes. La reacción de cada alma ante ese estado de total indeterminación, depende de su propia condición íntima. Sólo hay de común a todas el profundo sentimiento de *revolte* o protesta, surgiendo de aquel fondo de infinita amargura que ya Alcibiades llamara nace veinticuatro siglos «el tanteo de exilio», *ta tes fugadikes prozuma*.

De mí sé decir que los primeros meses de exilio se cuentan entre los pocos felices de mi vida. La impresión de total impotencia para revoverse contra el destino, me produjo un estado espiritual de absoluta resignación a lo irremediable, seguido de una tranquilidad, una paz, una dulzura que no he conocido antes ni después durante los arduos años de lucha. Descartada toda posibilidad de rebelión fecunda, desaparecieron como por ensalmo el odio y el miedo, la angustia y la esperanza, la aspiración y la incertidumbre. No había más que «abandonarse en brazos del destino», que dijera el poeta. Yo, merced a mis inclinaciones místicas, me sentía más bien «en brazos de la Providencia». No había otra cosa que hacer que esperar confiado sus decretos, sin rebelarse inútilmente, ni anticipar sufrimientos o alegrías infundados e innecesarios. Y entre tanto, cuidarse de cultivar el huerto interior de la propia conciencia, para que no lo invadieran las ortigas del odio, la desesperación y el miedo. Por el día cavaba la tierra, arrancaba piedras al monte para nacer nuevos bancales, sembraba o plantaba «los cavallones», cuidaba o recogía los frutos, y en las horas de reposo leía a los filósofos griegos o a los padres de la Iglesia, y acumulaba materiales para los libros que años más tarde pude publicar en México. Nunca fui tan pobre, ni siquiera en los años de mi infancia, huérfano de padre y madre; pero nunca me sentí tan aligerado de preocupaciones, tan libre y tan dichoso.

Así cayeron los dados comienza con el arribo de la marejada del exodo, al pie del Pirineo. «Sus avanzadas asustan a los cuervos

que graznan y se remontan. Más arriba, a lomos del aire, las nubes se prenden y deshilan en las cumbres». Toda la primera parte de esta novela es un cuadro estupendo de la vida del exilio republicano, ora en los campos de concentración de Francia, ora en la relativa libertad de que pudieron beneficiarse los menos desventurados; lo mejor que hasta ahora ha salido de la pluma de Botella, y una de las más auténticas y emocionantes estampas que se hayan escrito sobre la vida —que casi es muerte— del mundo concentracionario.

En las mal llamadas *Memorias de Largo Caballero*, publicadas por Enrique de Francisco, hay una estampa, también magnífica, de la vida en un campo de concentración de Alemania; mucho más veraz, por más auténtica y vivida, que cuanto han descrito los literatos profesionales. Ambas estampas, la de Botella y la de Largo Caballero, se diferencian esencialmente en dos cosas: la primera, que el campo de concentración alemán era un antro de represión y tortura, creado por el odio, y los campos franceses eran lugares desahuciosos de refugio, organizados por un sentimiento insuficiente de la solidaridad humana; y segunda, que en los campos de Francia, la mayoría de los concentrados eran españoles. Quiero decir que eran seres humanos de una especial calidad que les permite conservar el sentimiento de la dignidad pro-

pia, mientras alienten. Cuando un español renuncia a la esumación de sí mismo, sentenciado que ha anticipado su muerte y que ya es un cadáver insepulto.

A causa de esas dos notas esenciales que distinguen de los campos de concentración en Alemania, los de los republicanos españoles en Francia, estos fueron, más bien que una antesala de la muerte, un hormiguero de afanes para perpetuar la vida. No está en el horizonte de lo posible que una colectividad de españoles se convierta en rebaño de reses resignadas a la muerte afrentosa. Unas cuantas pinceladas, entresacadas al azar de *Así cayeron los dados*, darán al lector el boceto impresionista de estas páginas admirables.

La noche del exodo: «La multitud camina entre maldiciones y lamentos, y su sordo rumor se espasme por los valles con el silbo del viento invernal. Al fin se detiene ante postes y cadenas que le cierran los caminos. Los fugitivos miran ante ellos y a su espalda. A un lado está la libertad, la paz de los campos. Del otro se agitan oleadas de seres en busca de amparo. Unas voces que muchos no entienden y todos comprenden acaba con la esperanza. Embozados en la derrota acampan en tierras maderastras una noche más, otra noche temerosa, quizás la última. Luego será el destierro, y un sin fin de noches tristes». «Se echa encima una noche helada de fines de enero. Ayúdase a los débiles a en-

volverse en mantas y ropones. Unos comen, otros miran, y hay muchos que lloran».

Lo que quedó en España: «Cerca del corro una mujer solloza. Las llamas alumbran una cara infantil livida, de ojos cerrados y boca entreabierta. La madre besa unas manos pequeñas, sin vida. En las penumbras dos hombres cavaban una sepultura. Uno de ellos arranca el niño de los brazos de la mujer, y lo deja en el hoyo como si fuera a dormir. Después de enterrado hacen una cruz con los palos que cavaron su huesa, y con una navaja graban su nombre y la fecha. La madre recoge un poco de tierra bajo la cruz, y la guarda en su pañuelo de lágrimas. Luego reclina la cabeza en el hombro de quien tomó el niño de sus brazos. La muchedumbre se duerme. Llueve. Las hogueras chisporrotean».

Entre la angustia y la desesperanza: «—Me angustia algo de lo que depende mi vida. Pero en realidad ni espero nada ni tengo a quién esperar. Escucha ese reloj cómo lo dice. Nada, nadie. Nada, nadie. Y ya no me queda ni poder de resignación, cuando tanto ha de sufrirse aún. Oye, oye el reloj. Implacable, como la vida. Nada, nadie. Nada, nadie...»

Ironía o sarcasmo?: «—Tres años guerreando por ser libre y feliz, para huir ahora como un bandido a monte traviesa.

—Todo es relativo. Lo que importa no es por qué luchas, sino quién gana. Ser un héroe o un malvado depende de que triunfes o pierdas... dice Manuel a sus oficiales».

El adiós del soldado: «La tropa formó frente a los cañones, compañeros de los raros avances y muchos reveses; quizás por eso los quieren. Con boca más amarga que en el último combate, los soldados con los ojos les dijeron adiós».

Al fin la verdadera Francia: «Cantan los gallos al sol. Se abren pajares y establos. Hombres y rebaños se esparcen por los prados próximos. El cielo está azul, la temperatura no es ruda. La vida vuelve a sus cauces normales. Se encienden las cocinas de campaña. De las aldeas próximas llega el pan. Un pan oloroso, crujiente y blanco».

El místico y el hombre: «—Oye, Místico ¿es que ya no crees en el santo advenimiento?»

—Yo aún creo en el más allá, si es eso lo que insinúas.

—Y yo en la justicia inmanente.

Es el Místico un antiguo seminarista que colgó la sotanilla y se enfundó el mono de las milicias populares al producirse el alzamiento fascista. Decía que prefería hablar con aquella partida de incrédulos de buena fe, que no con las cuadrillas de tartufos que sólo ven en la Iglesia a la defensora de sus bienes terrenales».

por Fernando Valera



Virgilio Botella y el ciclo novelístico de la guerra civil española

Temple español: «Una voz de mando rasga la noche. De las tinieblas llegan ladridos.

—¿Qué dice?, pregunta uno. Todo el mundo nos ladra.

El capitán repite con voz firme: —Acampemos aquí. Cada uno se acomode y duerma como pueda. Hoy tenemos cama grande y ventilada».

Hombres y rebaños: «Se inició el cambio un día en que los aún curiosos vieron a los senegaleses descargar unos camiones. Estacas de madera y rollos de alambres con púas. Los golpes de los mazos en los postes les despertaron de un sueño, y con nueva angustia, todavía incrédulos, comprendieron que iban a transformarse en rebaños.

—Yo no me he jugado la vida para ser libre y acabar en un redil... Hoy sentía esas estacas clavadas en mi corazón.

Aquella noche los caminos se llenaron de sombras furtivas».

Fraternidad del dolor: «Una noche negra engulle a los hombres. Todo es viento y frío. El Mistral aullaba, levanta la arena. La gente se envuelve en sus ropas, cierra la boca y los ojos, se extiende a tientas. Unos pegados a otros, comparten la manta y procuran guardar su calor».

Santas mujeres españolas: «No lejos oyen el rumor de las olas en la playa, y algunas voces llaman al hombre por el arenal. Pedroo... Juuaan..., Pabloo.

—Son mujeres, voces de mujer. ¿No oís? ¿Qué hacen aquí?

Llegaron con la primer riada del miedo. Las separaron de sus hombres y cayeron en el arenal. Ahora gritan y corren, llorando, siempre que llega un convoy. Llevan ya muchas noches llamando sin respuesta, y hoy sus voces tristes yerran sin convicción. Entre los hombres muchos rebullen inquietos. Aquellas voces desasosiegan. Medio en sueños oyen la resaca y aún algún que otro desolado lamento, ulular de sirenas en noche cerrada».

«Así cayeron los dados» termina abriendo un paréntesis. En realidad no termina. También «Por qué callaron las campanas» dejaba planteado un interrogante angustioso que la segunda novela no ha intentado contestar. Ignacio Zabala deja de ser el protagonista, y con él pasa a la penumbra el misterio de la desaparición de Mágina.

«Así cayeron los dados» se cierra con un tajo imprevisto, dejando suspenso entre la vida y la muerte al protagonista Jaime Campdemar, soñando pesadillas de dados que caen incesantemente del cubilete sin que el destino se decida a pronunciarse sobre el porvenir de los que esperan desesperados en los refugios y en los campos de concentración: «Los dados caían de canto en el arenal, hasta que después de mucho rodarlos desaparecieron en un remolino de mar. La vida seguía con el antifaz puesto.»

Hay en esta novela un contraste

desconcertante entre la intensidad de la tragedia colectiva y la intrascendencia casi frívola de la pequeña aventura personal del protagonista, Jaime Campdemar, con Josette, la enfermera francesa de virginidad dudosa. ¿Acaso buscado por el autor? ¿No hay en ese desnivel un calculado intento de diluir a los protagonistas individuales, para dar así mayor relieve a la inmensa tragedia colectiva de un pueblo justo y noble, lanzado al éxodo por la inicua confabulación de un destino implacable y de una humanidad cobarde, abyecta y envilecida?

Las novelas de Virgilio Botella no revelan preocupaciones doctrinarias. Es una de sus virtudes. Cada personaje se expresa con arreglo a sus ideas y temperamento, contradictorios los de los unos de los otros. La verdad y la moraleja quedan a merced del lector. El novelista se limita a trazar el cuadro auténtico de las cosas que pasaron y a describir los sentimientos e ideas que despertaron en las almas de quienes las hicieron o las padecieron.

El estilo es fuerte, denso y atildado; el lenguaje rico y abundante, con sensible progreso de estas calidades en la segunda novela. A veces se diría que está uniendo a Baroja, si no irrumpiera de pronto una pincelada sutil, a la manera que yo llamo alicantina, — Botella es alcoyano — o un brochazo de luz que recuerda la paleta valenciana de Blasco Ibón.

Cosa curiosa, que se manifiesta de manera más acusada en la segunda novela de Virgilio Botella: los personajes secundarios dan a veces la impresión de mayor realidad y se ganan antes las simpatías e interés del lector, que los protagonistas. ¿Es esto una virtud o un defecto del novelista? Manuel, el hermano de Ignacio Zabala, con quien uno se encariña desde el principio en «Por qué callaron las campanas», me resulta hartamente atractivo e interesante que Jaime Campdemar, el diplomático enclenque, superficial y un sí es no es frívolo, en torno al cual gira la aventura amorosa de «Así cayeron los dados», y uno lamenta que aquél no hubiera sido el personaje principal de la novela.

La prueba de este vigor y autenticidad de los personajes secundarios es que diversas personas de carne y hueso, lectores de Virgilio Botella, han confesado en la intimidad que se consideran retratados en algunos de aquéllos. Yo no me veo, personalmente, en ninguno; tal vez porque soy un sér extraño, singular y excéntrico en mi tiempo y en mi patria, pero he conocido a muchos de ellos. El exuberante don Vicente Proli, por ejemplo, encargado de abastos en Gandía, que irrumpe en el escenario de la primera novela de Botella «con un gran cesto de naranjas, algunas hojas verdes del árbol y el aroma de la huerta», es un antiguo amigo mío, con

quien me parece haber gustado suculentas paellas a la sombra de los naranjales.

Con el Místico, seminarista arrepentido e incorporado por lealtad al Cristo, a la revolución republicana, debo haber sostenido apasionadas polémicas, en alguna de las veladas invernales de la juventud republicana de Cerrajerros; o acaso, en los atardeceres tibios de primavera, bajo los árboles frondosos de la plaza de Emilio Castelar, al amparo de cuyas enramadas tan pobladas de pájaros como de hojas, celebraban pintorescas disputas filosóficas los teósofos, naturistas de diversas sectas, anarquistas, protestantes, espiritistas, místicos, librepensadores y demás seres extraños de la inagotable fauna espiritual valenciana, que por algo la ciudad se abre a las rutas libres del Mediterráneo. Acaso el Místico y yo nos hemos pasado de claro en claro mas de una noche veraniega, bajo las palmeras de la Avenida del 14 de abril, o a orillas del mar con resplandores temblorosos de luna y rumores de «berceuse» chopiniana, discurriendo sobre los misterios de la libertad y la Providencia. Y quién sabe si aquellas pláticas determinaron que, en la novela de la tragedia, el seminarista, el Místico, el cristiano, abrazara la causa del pueblo crucificado y le acompañara en su Calvario hasta el campo de concentración donde Virgilio Botella le sorprende entre soldados, profesores, obreros, picaros y gitanos.

Pues, ¿y don Pablo, el catedrático cuyas opiniones tanto pesan en las tertulias nocturnas de los concentrados? Seguro estoy de que logró liberarse del campo y emigró a Méjico, allá por los años 1940-42, y que allí se consagrara a enseñar en la Academia Hispano-Mejicana, o en el Instituto Luis Vives, o en el Colegio Madrid, donde millares de muchachos españoles, refugiados, vieron abrirse para ellos las puertas de la universidad que se les habían cerrado en España. Y tengo la impresión de haber visto a don Pablo, con su barbita blanca, su calva reluciente, estampa viva de don Francisco Giner, jugando a la pelota en el patio de la academia, durante las horas de recreo, con los mismos muchachos a quienes en las aulas explicaba educación cívica y filosofía del derecho.

Y con el Málaga y el Sanlúcar, dos picaros de la estirpe de Rinconete y Cortadillo, me he cruzado en varias ocasiones, ora bajo la metralla que caía del cielo sobre la turba de los fugitivos en la carretera de Málaga y Almería, ora en las inmediaciones de Tarragona, o por los caminos que llevan a Francia. Y siempre los vi con sus pozales de cal, y sus brochas, y las grandes manchas de pintura en blusas y pantalones, que les permitieron vivir sin dar golpe, en plena revolución de una sedicente república de trabajadores.

Pero de todos los personajes secundarios de Virgilio Botella, mu-

chos de ellos amigos de mi juventud y hermanos de la idea, el que con mayor ternura y vividez me acude a la memoria es el bendito Enrique Llácer, «el joven delgado, rubio, de ojos claros y tez pálida, mirar angélico, pulcro atuendo y ademanes beatíficos», que servía de camarero en el hotel inglés de Valencia, y buscaba setas en los pinares de Serra y Portaceli, para regalarlas a los huéspedes famélicos del hotel en los días del hambre, y escribía libros inéditos sobre Dios, y creía hablar con los Hermanos del Espacio. Si; Enrique Llácer asistió a una charla que, siendo yo mozo, casi un niño, pronuncié en la Sociedad Naturista de Valencia; desde entonces, acudía a mis conferencias en el Ateneo, en la Sociedad Teosófica, en la Universidad Popular que Julio Just organizó, allá por el año 1928, en la Casa de la Democracia, la antigua, la de la calle de Alfredo Calderón. Creo recordar que una vez hube de intervenir para sacarlo de la Cárcel Modelo, donde las autoridades le habían encerrado por el delito de ser teósofo, anarquista y vegetariano, según rezaba la ficha policiaca. Verdad es que Enrique Llácer poseía en su biblioteca dos libros que la policía declaró terribles y sospechosos: era el uno, un tomo encuadernado en tela roja, color revolucionario por antonomasia, y que contenía... las inocentes poesías de Ramón de Campoamor. El otro, que yo le había prestado, aunque Enrique Llácer sólo podía leerlo por inspiración de sus Hermanos del Espacio, era una edición en griego de las «Eneidas» de Plotino, que el atestado policiaco declaró ser «un peligroso libro de propaganda comunista, en ruso».

● Concluirá en el próx. nº ●



NARRACION

SU PROPIO POLICIA

por Cristóbal D. OTERO

EN la reunión —descanso de colores y pinceles— se habló de hechos relacionados con la organización social. Valores del hombre y sus luchas, la policía y sus trampas, la justicia y sus errores o sus mentiras. Acusaciones y defensas no siempre serenas y ecuanímenes. Uno, implacable, lo rechazaba todo. Las luchas estaban enderezadas contra rectas de independencia; la política no levantó jamás un dedo limpio de bajos intereses; la justicia no tuvo un juez capaz de sentarse en el banquillo como quien lanza una flecha de puras posibilidades. ¡No quedaba nada!

Las opiniones contrarias estuvieron desmañadas y sin base firme. La más porfiada se había quedado en flojedades como: hay que ser prácticos. Se fueron los tiempos del romanticismo, ya no hay Quijotes.

—¿Que no los hay? —protestó el más hablador. Lo que pasa es que faltan ojos para verlos, espíritus capaces de sintonizar su onda.

—¿Usted cree?

—Yo los veo. Hablo con ellos. Temo por su suerte y agradezco sus ejemplos.

—¿Por dónde andan, cómo viven?

—De espaldas a cuanto no debió nacer. Y mueren antes de tiempo, faltos de aire, sin cenizas negras.

La conversación estuvo ahí largo tiempo. Callaron un momento las oposiciones, sin duda para madurar la reflexión y dijo el hablador sobre la frase que permanecía en el aire:

Son demasiado puros para un mundo sin frentes levantadas. Prefieren llevar su lirismo a donde no haya suficiencias doctorales, dientes regañando a favor de lo práctico. Sin aire para sus pulmones, se dejan ir y hacen bien. Los Quijotes, menores o mayores andan su trozo de camino; cuando se les concluye, clavan una señal y se dejan morder por los perros.

Uno pequeñito que estaba en la reunión sólo para lucir su chaleco blanco y una instrucción mestiza de latiguillos, irguió la cabeza para machacar su yunque: Hay que ser prácticos, nada se gana con orillar peligros, el camino llano alarga la vida, los cauces anchos dan serenidad...

—Filosofía de cobardes. El cauce ancho diluye la fuerza de los ríos. Confiese usted que le tira Sancho y que Rucio le gusta más que Pegaso. Caminos llanos... ¡Sin

herejes, no habríamos dejado la Caverna, señor!

—Pero los herejes van acorralados por policías camino del banquillo.

—¿Qué importa? Sus ejemplos seguirán beneficiando al mundo. Ponga usted entre ellos a los que se adelantan al juez, siquiera. No olvide que la bala que entró por la sien de Larra, la locura que tiró al río a Ganivet, el heroísmo que destruyó la sangre de Amador Franco. Y también, ¿por qué no?, la tuberculosis que estiró sobre huesos largos la piel de Rafael Barrett. Vivieron enseñando y aún enseñan desde la estrella o el aspa de molino que los sacó de un mundo estúpido. O práctico, que es lo mismo.

Sonrisas y muecas quedaron estirando la burla en la conversación. Después, unos señalaron como gran invento de la cultura lo que otros despectivamente exponían como «eso que llaman justicia». Pasaron rápidamente céasares, papas, ángeles, demonios; y Calvino superándolos estoicamente. Alguno dejó andar su molestia hacia un intento de compensación: expuso con voz opaca que también se solía decir: «eso que algunos llaman arte» refiriéndose a posiciones que aprobamos y aún hacemos menos comprensibles al espíritu de Leonardo y Rafael.

—El arte es otra cosa —acotó el maestro. Va delante de sí mismo siempre. Todos los días se sorprende más allá, ejemplo de novación y búsqueda.

—No me negará que Leonardo y Rafael...

Insistió rápido, el maestro:

—Lo viejo —forma, color— es muerte de que el Arte huye como una necesidad de vida. Ojalá pudiese reparar en sus evoluciones, y aún revoluciones, eso que se ha estado criticando aquí en base a política y sus negocios, justicia y sus gendarmes, religión y sus mostradores.

Calló un instante y añadió convencido, firme:

—Lo único realmente bueno del hombre es cortar amarras, avanzar.

—¡Muy bien! —se dijo a coro.

Pero se debía entender que avanzar es exponerse. Hay centinelas del pasado en todos los recodos. El miedo a las rectas se multiplica y arma todos los días. Quienes dijeron ¡bien! ¿saben que se trata de la más revolucionaria de las voces en el caso? La justicia no tolera esta forma de herejía...

En la Escuela estaban dos que no habían dicho nada. Observaban, se miraban entre sí, callaban.

—Ella y El, dijo burlonamente el maestro, están sin opiniones hoy. O se las callan, abandonando la solidaridad colectiva.

—Prefiero callar y anotar en la memoria —dijo la dama. Ateso-

rar es mejor que despilfarrar; mucho más útil.

—¡Bravo! —levantó el pequeñito.

El maestro dijo que lo útil era el gran enemigo de la Filosofía y el Arte. Rechazó eso de atesorar. Exponer, es lo que se debe. Poner en el surco o el aire cuando se procura huir del troglodita.

Ella se alegró diciendo:

Debo ser más clara. Todos saben que me gusta despilfarrar aunque estimo bueno madurar antes de exponer para que sea útil la exposición. Si hoy he permanecido callada se debe a que invadió la zona un espíritu cancerbero que me asquea.

Cayó mal la información. Todos miraron al más joven siguiendo las miradas de ella. Sólo por eso y porque no abriera la boca en toda la tarde, pues nadie le conocía caídas de tal carácter. El se sintió interrogado por ávido silencio, grito mudo y exigente, mas calló todavía.

Añadió ella groseramente:

—Amasaría un monumento a eso que despreciamos con el nombre de «milico».

El, serenamente, dijo que iba demasiado largo el entreacto. Debeaba concluir un apunte para la composición que intentaba. Ya tenía el ambiente de bosque y lago; faltaba ubicar el espíritu de sátiro y bacante. ¿Tienen algo que hacer aquí los milicos? —concluyó.

Ella, con sorda molestia, lanzó todavía:

—Cuando alguien hace de policía, puede decirse que ya no es un hombre sino su oposición!

El joven negó la respuesta que se esperaba. Se limitó a sonreír aprobando. Dispuesta a insistir la dama, el maestro dió por terminado el descanso. Cada uno ante su caballete, prometió el joven sin abandonar la carbonilla:

—Mañana les diré un cuento.

Y avivó un reflejo de muslo femenino en el remanso vigilado por un fauno.

Dijo al día siguiente cumpliendo la promesa: comenzaremos, si les parece, como cuando no había puntos de referencia. Cierta vez...

Una mujer y un hombre se querían. Habían dicho: «Si llega cansancio en el querer, nos lo diremos limpiamente». No era tanto pedir peras al olmo, porque ambos se tenían por francos. Este fué más o menos, el diálogo:

—¿A qué la mentira? —dijo ella. Y él:

—Sólo a demostrar que seríamos iguales a los demás.

—Pues a callar. Vivamos el trecho posible. No se hable más de esto.

La pareja tenía por aquel entonces un solo corazón y un solo cerebro. No era romanticismo, pues aseguraban haberlo dejado en la percha con el sobretodo de Rubén. Querían las mismas soluciones

para iguales problemas, por eso parecían uno.

Hubo un silencio. El sátiro encendió la mirada lasciva y el aire caprino desde el lienzo. La ninfa parecía salirse del remanso, caído el cabello, erguidos los senos por los que resbalaba polen de nenúfar. El pintor agregó anchas hojas por las que ascendían del agua gentiles tallos florecidos. Otro claro acento en el muslo completó el proyecto y hubo felicitaciones. Tras las cuales preguntó alguien si cuento y dibujo concluían juntos.

—No —dijo el artista. El cuento sigue y nadie sabe cuando terminará. Se cuenta hace miles de años y seguirá ofendiendo descañados hasta que la mentira deje de andar por el mundo.

—Muy largo me lo fiáis, diría Tirso de nuevo.

—Se nos caerá todo el pelo...

—Bien, pero ¿aquello del policía...?

—Concluiré, que falta poco. Mi hombre, que tenía pretensiones de psicólogo (cada uno tiene sus chifladuras) necesitó decir un día: «¿No me engañas? Tienes un extraño color en la voz». Negó ella con insistencia que mereció nuevas observaciones entre las que estuvo la pregunta: «¿Quién es él?» Y ella: «¡No seas estúpido!»

La dama lanzó con violencia incontentada:

—¿Hay curiosidades que merecen groserías!

—La de mi amigo no. Repudiaba nada más, la mentira inútil. Abogaba por verdades efectivas.

—¿Y eso qué relación tiene con el milico? —preguntó el hombre pequeñito. —Ninguna. Es simplemente, una forma de investigación sin la que no funcionarían las Artes y las Ciencias. Estaríamos como antes de la crónica que procura escalar nuestro saber...

—¡Bah, bah, bah...! —dejó caer la dama.

El maestro dió por concluida la sesión. Mientras se guardaban pomos, pinceles y paletas, concluyó el narrador:

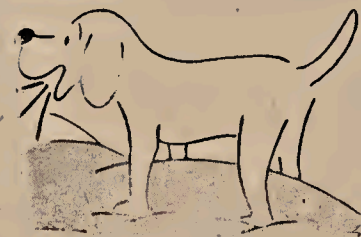
—Mi amigo quiso afirmar sus teorías, comprobar el valor de sus observaciones. Siguiendo unas y otras, vió posados los senos de su dama en las manos de otro pintor que...

La dama saltó con indignación:

—Policia... ¡qué asco!

Ya en disposición de marcha, concluyó el joven tranquila, casi apagadamente:

—Su propio policía, en todo caso. Hasta saber que no es inútil estudiar. Por eso les decía que éste es un cuento que se seguirá contando...



VENTURA GARCIA CALDERON

por F. Ferrándiz Alborz

«¿No es acaso la página americana donde, en un relámpago de gracia, un escritor ha dicho la verdad que, por lo absoluto, llamaríamos sobrenatural, sobre el indio?» Y más adelante aludiendo al mismo cuento dice que «trae las lágrimas a los ojos», y allí asimismo, con la bondadosa exageración de los grandes líricos, afirma «mi desembarazo que constituye, sencillamente, el genio!»

Así replicó Ventura García Calderón, a un juicio nuestro, al enviarnos su volumen de «Páginas escogidas». Nuestro juicio decía así:

«No hay caso. Nos esforzamos buscando un acercamiento espiritual, pero no hay caso. La lectura de sus libros, especialmente los que se refieren a hombres y cosas de América, nos parecen traducidos al español por un hispanoamericano que hubiese perdido la memoria de sus orígenes, inclusive el recuerdo de su idioma, y luego lo hubiese recuperado todo estudiando historia e idioma en París, muy correctamente, con una belleza formal impecable. Si hay hispanoamericanos que han traducido su espíritu al parisién y luego nos han hablado de las cosas de América con el mejor estilo parisién — uno de los mejores estilos culturales del mundo —, indudablemente ellos son los hermanos Francisco y Ventura García Calderón. Espiritualmente, en el conjunto de su obra, nos dan la impresión de metecos, pero no de Europa sino de Hispanoamérica». Y después de algunos comentarios, la siguiente afirmación: «El hecho es que Ventura García Calderón es un precursor de la nueva literatura hispanoamericana...»

El *bon savant* y *homme de lettres* se nos ha ido hacia el misterio sin que acabara de convencernos de su hispanoamericanismo, del cual continuamos creyendo fué un auténtico precursor en el terreno literario. En la segunda y tercera décadas de nuestro siglo aparecieron una serie de novelas definitivas para la integración del nuevo estilo literario hispanoamericano «Los de Abajo», del mexicano Azuela, en 1916; «Raza de Bronce», del boliviano Arguedas, en 1919; «La venganza del cóndor», del peruano Ventura García Calderón, en 1919; «Crónica de Muniz», del uruguayo Justino Zabala Muniz, en 1920; «Anaconda», del uruguayo Horacio Quiroga, en 1921; «La Vorágine», del colombiano Eustasio Rivera, en 1924; «Don Segundo Sombra», del argentino Ricardo Güiraldes, en 1926 y «Doña Bárbara», del venezolano Rómulo Gallegos, en 1929.

Escritores que echaron raíces en su tierra y dieron fruto vernáculo. No procedieron así los de la promoción anterior. La pretensión de éstos era arraigar en París. Fué una constelación de escritores que se propusieron conquistar París y a la postre fueron conquistados por Lutecia. El chileno Blest Ga-

ME asombra la ligereza con que usted juzga a un escritor a quien usted llama «precursor». Aquí mismo encontrará usted páginas que lo contradicen abiertamente: mi perfecta conviencia con el hermano indio y el hermano negro. Si pudiera usted ver en mi alcoba el retrato de mi bisabuelo Don Lorenzo García Calderón, diputado por Arequipa a las Cortes de Cádiz, quedaría enterado de mis gotas de sangre indígena. Aquí también podrá usted leer acerca de mi cuento «El pecado de la raza» lo que escribió Gabriela Mistral:

na, el ecuatoriano Juan Montalvo, el nicaragüense Rubén Darío, el guatemalteco Carrillo, el cubano Emilio Bobadilla «Fray Candil», el colombiano Vargas Vila, el venezolano Rufino Blanco Fombona, el argentino Enrique Larreta... Los hermanos Francisco y Ventura Calderón fueron el aporte peruano a dicha empresa.

París fué en las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX el centro de atracción de cuanto escritor hispanoamericano deseaba abrirse fama internacional. Editar un libro en París era recibir el espaldarazo de la vanidad literaria. Cuando en el río revuelto de las revoluciones hispanoamericanas, por servicios al triunfador de turno, algún escritor ingresaba en el presupuesto oficial, su aspiración era la embajada o consulado en París o alguna ciudad cercana a la capital francesa. Se han proliferado las fotografías con uniforme de pavo real de estos escritores. Los hermanos Francisco y Ventura eran los embajadores netos del Perú en París. Pero así como Francisco se internó por las rutas del ensayo político, sociológico y cultural, Ventura se encaminó por las inquietudes literarias. Francisco fué al fondo de las cuestiones contemporáneas como publicista. Ventura al fondo de la superficie parisién por la crónica y al fondo de la realidad peruana por el cuento. Poeta, cronista, ensayista, escritor con el más fino estilo francés, pero al fin la conjunción de su instinto y su talento le hizo una jugada. Como dijo Gabriela Mistral, de pronto se le levantó «la selva y la sierra del Marañón» y escribió «La venganza del Cóndor», que mereció los honores de la traducción a todos los idiomas cultos de Europa. Tal obra fué considerada por los espíritus «refinados» como obra menor. La misma posición mental con que esos mismos «refinados» se referían al «Martín Fierro» y otras del renacimiento realista de nuestra literatura. Afirmaríamos que el éxito de «La venganza del Cóndor» pudo haber asombrado al mismo Ventura, pues él, tan refinado a estilo parisién, había creado una obra bárbara, aunque lo admirable en Ventura es que tantos años de París no hayan podido arrebatarse lo que llevaba en la flor de su instinto y se le hizo flor de espíritu. ¿Cómo replicaría a estas condiciones valorativas de su obra?

Pero nuestra réplica no se haría esperar, más o menos en los siguientes términos:

Mi admirado y estimado Ventura García Calderón: Los escritores hispanoamericanos residentes en París dieron a ella más que de lo que de ella recibieron. De París recibieron la gracia galante, el desenfado sutil, la decadencia sonriente, la información racional, la tendencia, el matiz, lo que en realidad fué para ellos una careta para su fondo mestizo y bárbaro, temperamental y sensual. Dieron en cambio esa fuerza mestiza que ponía sinceridad rotunda al medio tono parisién y un aire fresco de selva, de Pampa, de Cordillera y de río, y un viento caliente de sangre por el aire gris del Sena. Muchos de ellos se consideraron afortunados en el trueque, nosotros creemos fueron perdedores.

Ventura García Calderón fué quien con más finura racional francesa se acercó a nuestro Rodó: «...Voltaire reclamaba para Francia el mérito de haber resucitado la regla de las tres unidades, y nuestro ilustre amigo Gide aplaude el ostracismo del griego que puso a la lira una cuerda más. No era bueno poner cuerdas a nuestra libertaria lira de «montoneros», y mucho deberá la historia espiritual de América a esas páginas (de Rodó) de mesura y dulzura perfectas que son obra de un Renán sin ironía, de un Amiel optimista».

«...Rodó enseñaba lo mismo el recato del alma que la santidad de la epopeya labradora. Al desesperado reto o a la exhibida pena de los románticos opuso, con una alegoría sobre la soledad intacta del refugio interior, esa «confianza en sí mismo» de Emerson, por cuyo asiduo estimulante los hombres —dioses que se ignoran— llegan a la comprensión de su divinidad. En época de crisis, cuando solo una moral utilitaria parecía reemplazar con base firme a la que no estuviera fundada en dogmas religiosos. Rodó afirmaba, como Guyau, la necesidad del bien sin premio ni castigo, buscando apoyo al dogma laico en el desinterés vigente y en la nobleza imbercedera del hombre bueno. Y cuando alentaban en América solicitudes exclusivas de factoría, él reivindicó descaradamente los derechos del alma, la parte sublime de María, enseñando otra vez, con verbo orado en Galilea, que no sólo de pan vive el hombre. Hasta a la crítica, degenerada en perpetuo acecho de Sagitario envidioso, él supo devolverle su rango misterioso, su encumbrada orientación al misterio, su don de comprender, que es don de amar...»

Sutil y complejo este Ventura García Calderón. Para él no tenía secretos el mundo de las letras contemporáneas, las había saboreado todas, pero llevaba en el corazón la carga que le daba densidad espiritual, la de los clásicos españoles que recordaba y citaba cálidamente. Esa comunidad de estilos, lo clásico y lo moderno, le dieron fuerza y gracia y una preocupación permanente por lo que es herramienta del escritor, el idioma.

Es autor de un opúsculo titulado «El nuevo idioma castellano», que en los años veinte hizo roncha entre académicos y literatos. A nuestro juicio, Ventura García Calderón se equivocaba en cuanto a las causas del estilo rocalloso, asfixiante, de los neoclásicos españoles, neoclasicismo que algunos escritores prolongaron hasta entrado el siglo XX, y se equivocaba en cuanto al nuevo estilo que aparecía en Azorín, Gabriel Miró, Ortega y Gasset, Gómez de la Serna y otros. No fué todo resultado de una revolución en la manera de escribir, sino que se impuso un nuevo estilo literario ante la nueva inquietud vital del pueblo español. Una nueva vida de los hombres impuso un nuevo estilo, una nueva manera de interpretar la vida a través de las letras.

De la vida y la obra de Ventura García Calderón se desprende una continua melancolía, un desarraigo continuo entre su vida y su obra, que culminan en obra maestra cuando vida y obra coinciden, como en el caso de «La venganza del Cóndor».

«Excúseme usted — nos decía — esta sinceridad que fué siempre mi defecto y mi imprudencia. Pero la debía al bondadoso colega que me elogia con toda simpatía. Habla usted de «La venganza del Cóndor» y no de los otros cuatro libros de cuentos que afirman mi absoluta peruanidad. «¿Gamonal?». ¡Qué tremendo disparate al hablar del infortunado y sin ventura, del pobre de solemnidad que padeció once años de destierro y nació en París porque su padre era también un desterrado!»

Alude en el párrafo a nuestro dístico sobre los literatos gamonalistas. ¡Y no sirven las excusas! Sólo nos resta comprenderlo. ¡Cosa terrible es el destierro! Lo conocemos por experiencia y no gastaremos bromas a sus expensas. Fácil es que algunos de los años de destierro hayan sido para Ventura de pobreza. Tampoco le gastaremos bromas porque también la conocemos muy dolorosamente. Lo que lamentábamos en él, sí, era su fuga de la realidad ancestral, porque quien pudo dar cuentos que lo situan como un precursor en el nuevo estilo realista de la literatura hispanoamericana, hubiera podido ofrecernos una obra más densa aún y más vasta. Toda su obra parisién no vale lo que uno de sus cuentos peruanos.

Tendencia de la contribución de Tamayo a la sociología boliviana

Si resulta laborioso el calibrar la obra estética de Tamayo por lo múltiple de su creación profundamente lírica y musical, cuyas raíces más soterradas se hallan en los clásicos patrones del helenismo, también su obra especulativa se evade de una certera apreciación, porque refleja otro matiz importante de su laberíntica personalidad desconcertante y recta, para definiría con precisos límites en el señorío del espíritu.

A primera impresión podría pensarse que el tono admonitorio de su palabra de pensador solemne y altanero, estaba dirigido a profundizar más en su auditorio o entre sus lectores, la huella que iba a dejar la fuerza activa de su mente, y que, en posesión de la cátedra, de la tribuna parlamentaria o en la palestra del periodismo Tamayo deseaba sostener plática repentina con el mundo estableciendo la gradación de jerarquías, desde aquella, humilde, en que debía colocarse quien le escuchara con solícita atención, y la suya, demasiado personal desde la que se ponía a ejercer su magisterio intelectual y enseñante.

Hombre paradójico, se alejó de la comprensión multitudinaria que podía haberle dado acceso a los sitios más espectables de la política trillada. Se recató del juicio colectivo, perdiendo el halago popular con propósito de marginarse en aislamiento un tanto hostil del aplauso y de la crítica que le hubiera turbado su desdenosa introspección.

Alejado del ambiente y bajo el apremio de la actividad creadora, penetró en diversas direcciones de la producción mental para vencer a periódicos intervalos la ingénita hurañez de su alma señera.

Así nos llegó el calor de su pensamiento en mensajes espaciados, que eran fruto de más energía expresiva que de paciente estudio de especialidad. Porque, no elaboraba sus investigaciones con fría meditación de estudioso, sino con el arrebatado de la polémica, en la que solía esgrimir sus armas con dominio de luchador humanista.

Se infiere, por ello, que sus contribuciones a la ciencia social salieran de la disciplina a la que debieran haberse ceñido, para desbordar a los ensayos más libres, en cuya especulación menos rigurosa afinada con el atractivo literario la calidad estética de sus escritos.

Propiamente no fué un investigador que se encajara a la sistematización de la ciencia concebida en rígidos esquemas. Cabía mucho material aglomerado en sus reflexiones, para ceñirse a la modalidad poco jugosa de la enseñanza docente. La rapidez en el golpe de visión era fuerza accionadora para evadirse de la dureza metodológica e incidir con mayor soltura en los problemas generales del humanismo.

En el plano de sus contribuciones a la Sociología, no se detuvo a escharbar en forma sistemática en la base de las estructuras sociales y en la razón del vivir colectivo, sino que, con la impacien-

cia de su erudición corrió a interpretar el psiquismo generador de las transformaciones históricas, orden narrativo del cual era un apasionado intérprete.

Infundió esta forma de reducción intelectual a todos sus ensayos. Sus juicios acerca de la oligarquía conservaba y sobre todo los que en política «dejan pasar», tienen más de experiencias morales y de psicología, que de exposición sociológica. Aún el más difundido de sus libros, «La creación de la pedagogía nacional», sobre el que deseamos concretarnos, sale del fundamento ordinario del normalismo para combatir los planes de enseñanza que propusieron los especialistas de la materia, con oposiciones teóricas que, si no tienen ordenamiento didáctico, adquieren el indiscutible mérito de renovar la orientación de los estudiosos de la época, en la cual escasamente habían especulado para profundizar en los fenómenos bolivianos.

Este libro escrito en la combustión de la polémica, alcanza trazos, unas veces, y otras, fluyentes de la pasión contenida del escritor. Acusa con desnudez a los conductores de la enseñanza, a los maestros y profesores de los ciclos medio, elemental y universitario de haber tomado de modo muy aleatorio su responsabilidad docente, sin descubrir ni orientar las capacidades del educando, labor previa para contribuir a la transformación del país, ajustándose a los patrones de una cultura originalmente nacional.

Se echa de ver que hay falta de perspectiva sociológica en esta acusación, el fenómeno educativo es un proceso resultante de la conexión de todos los órganos sociales. Se trasmite el equipo de cultura de una generación a otra, por un mecanismo que no se concentra en las formas institucionalizadas de la escuela o la universidad, porque la fuerza de adaptación del individuo obedece a la influencia de las múltiples estructuras del grupo que presionan sobre los hombres aisladamente o en conjunto. La interacción humana se revela con poder notorio en todas las manifestaciones de la morfología social, de tal manera que los fenómenos extraescolares, como son los de la familia, la clase, el gremio, la prensa y los medios de difusión cultural, que son más numerosos, intervienen con mayor actividad y enérgica presión, que los órganos específicamente señalados para impartir enseñanza.

Desde luego, se aprecia que mal podría atribuirse responsabilidad exclusiva de la desviación de la

conducta humana a los mentores de la educación, puesto que las interacciones proceden de los diversos círculos en los que se desenvuelve el ser individual.

Los cambios sociales más que a la escuela en sí, deben su movilidad funcional a mecanismos verticales y horizontales que dirigen el ascenso y descenso de sus elementos, y otras veces a los saltos súbitos de las colectividades que transforman violentamente sus instituciones para adecuarlas a un nuevo ordenamiento.

En la polémica que sostuvo Tamayo a través de los editoriales de un periódico, glosados después orgánicamente en un libro, impugnó la mecanización meramente instructiva por el procedimiento de un aprendizaje que no obedeciera al objetivo concreto de habilitar las nuevas promociones de alumnos, despertando con antelación las facultades creativas y generadoras que viven latentes en la sociedad boliviana.

Mas la crítica del autor, encaminada a imprimir la renovación de modalidades pedagógicas por vehículo de los especialistas extranjeros que deberían ser los encargados de estudiar esas capacidades biopsíquicas de nuestra población, técnica y experimentalmente, no se ciñe a enunciar los objetivos de la enseñanza, como trazos de vida que conduzcan a la comprensión ecuménica de la sociedad. Desdeña y combate el registro de finalidades desmesuradamente codicias y se limita a pedir, con vehemencia nativa, que la enseñanza normalista sea el órgano conductor de una cultura, cuyos planes conceptuales nazcan de las aptitudes estimuladas, concretadas y corregidas del hombre boliviano.

Este es el tema de fondo del libro mencionado, en derredor del cual describe con destreza el cuadro interno de los procesos espirituales de los distintos tipos de nuestra población, aunque su intento no se extendiera a formular el diagrama de un orden social más justo en su distribución económica, y jurídicamente mejor

por Humberto Guzmán Arze

ajustado a las transformaciones del mundo.

El esfuerzo combativo del polemista sobrevive en esta obra, por la maestría con que discurre sobre los caracteres propios de cada grupo que, según Tamayo, conserva su naturaleza étnica, sin pensar que las diferencias dimanen de otras categorías de origen social.

Frecuentemente se refiere a la acentuación de los caracteres psíquicos de las razas nativas, en quienes se hallan potencialmente dispuestas las aptitudes que requiere el trabajo creador. Pero, habrá de notarse que, para erigir esta tesis de bolivianidad autóctona, auge con señalado énfasis a subrayar el término raza, el cual sufre en América una transposición de sentido rigurosamente antropológico a una acepción cultural, porque este término, según expresa Valcárcel, señala a los hombres un sitio variable en el ordenamiento de las colectividades, de acuerdo a su equipo de cultura y a su condición socio-económica en la escala de las sociedades americanas. Por consiguiente, esta interpretación de Tamayo, tiene un concepto de rigor biológico que contradice el fundamento de la evolución histórica de las instituciones.

Aunque pudiera pensarse que el uso poco apropiado de la nomenclatura no afecta el contenido mismo de la ciencia, porque las palabras son hasta cierto punto expresiones convencionales y simbólicas, sin embargo, empleadas como en este caso con escasa precisión, traen consigo confusiones metodológicas. Raza, para Tamayo es una determinante biológica; para los sociólogos que tratan de escrutar la condición de los pueblos aborígenes, equivale a una situación económica, social y cultural que es variable en el proceso evolutivo, históricamente comprobado.

● Concluirá ●



Folklore boliviano. Los «diablos» de Oruro.



La Escena

«La cornada»

NO se aprecia, en este drama en dos actos que nos ha servido Alfonso Sastre en el Teatro Lara, de Madrid, «cornada» directa contra la institución taurófila. La tradición española tiene impuestos sus respetos y, bajo el plomífero manto del franquismo hay que seguir apechugando con cuanto acorna y encuerna.

En sus obras Alfonso Sastre gusta de deducir y ejemplarizar en su idea de hacer teatro sano. Sin embargo, en «La cornada» se pierde en divagaciones como si le faltase valor para pronunciar lo que taurófilos y taurófobos esperan: la nocividad de las corridas; los primeros —muchos— para enojarse, los segundos —escasos— para felicitarse. Sastre comenta el dolor y la soledad del ídolo caído... olvidando arremetr contra la institución no solamente responsable de la desgracia del torero, sino de la degradación de los públicos, por degradados olvidadizos.

«Hay que ser feliz» lo aseguran Luis de Baeza y Francisco Abril en el Teatro Cómico según libro (que tradujeron) de Vernon Sylva y merced a la discreción artística de Lili Murati, Pedro Porcel, el ya tanguista Rafael Alonso, José Luis Ortega y resto de la compañía. La pieza, para crédito de la felicidad recomendada, no pretende ir más allá de la risa ni más acá de la sonrisa. El mundillo acumulado —para reflejo— en escena, es de una vulgaridad algo subida pareciendo extraño que con tan inferiores materiales autores y actores hayan conseguido mantener inalterable la atención del público. Ciertamente que unas frases pimentadas y la amenidad de unos tangos ayudan a empujar el carro de Téspis. Contrariamente, no habríamos comprendido el porqué de tantos aplausos.

En el Infanta Isabel hay «Coartada». Extranjera (de Agatha Christie) pero española por José Luis Alonso. Se puede ver que el teatro vernáculo sigue en déficit.

El asunto que trata Christie es policiaco. Único mérito de este dramón detectivesco: que el respetable no adivina quien es el asesino. Para satisfacerle, el autor se lo cuenta al final en un desenlace peripatético.

Huyamos de la policía —sin ser criminales— y refugiémonos en Barcelona y ya en ella en el veltusto Romea para presenciar «Primera representación», precisamente, y a cargo de la Agrupación Dramática del Circulo Artístico. La

pieza es de Juan Oliver, campando en ella la franqueza, el estilo directo, calcada en aquello tan proverbial de «clar i catalá». Es el drama de una noche de estreno desarrollado entre bastidores y en medio de una atmósfera de pasiones (nerviosismo e inseguridad en unos, celos, envidias, malquerencias en otros), el todo perfectamente explicado por Oliver y tropa de actuantes.

En el Guimerá hay más catalán con «La cinglera de la mort», de Cecilia A. Mantua. Buen léxico y rancia moraleja: la gitana recogida de niña por unos montañeses devotos de su tierra, y la gitana ya crecida que no se adapta a la rutina de sus protectores. He aquí drama, que termina en el abismo cercano. Pese a su frescor de lenguaje, la obra nos recordó las espeluznantes glorias del gran guionol.

«Soparem a casa» es una promesa catalana que nos hace Josep Ma. de Sagarra. Aliento doméstico, de «llar de foc», «d'escudella i carn d'olla», elementos esos que terminan por indigestar a toda la familia (padre y madre, hijo e hija) a causa de las frecuentes disputas motivadas por la distancia... de época establecida entre los progenitores y su progenie. El desarrollo de la trama sería aburrida, sin la mano maestra del autor que la anima. Afortunadamente todo termina «cenando en casa», en lo cual parece quedar de acuerdo el público de la tarde al disponerse a hacer lo propio.

Del mismo autor —Josep Ma. de Sagarra— en el Candilejas estrenaron su traducción de «L'Avare» de Molière, que Sagarra ha titulado: «El senyor Perramón», muy hermanable con el «Senyor Batista» de Santiago Rusiñol. En concreto, no sabemos si aplaudir o denostar a Sagarra por su atrevimiento de corregir a Molière, al cual pretende haber remozado, es decir, modernizado, con destino a la escena catalana. Porque, vamos a creer, que Molière ha sido respetado; pero esa avalancha de términos genuinamente catalanes, vaya, que nos inducen a sospecha. — C.



La Pantalla

«La fiel infantería»

UNA producción «Agata Films» realizada por el director Pedro Lazaga según guión de José Luis Dibildos sacado del libro de Rafael García Serrano. Estrenada por deferencia el 29 de diciembre del año 1959 en el Cine Granados, de Lérida.



Actualmente esta película, menos nacional que nacionalista, trata de hacer furor en las principales pantallas del cine español. Perfectamente propagado, el público no parece sin embargo, entusiasmarse en demasía con ese largo metraje que, pretendiendo salvar las fronteras, de hecho «no va a ninguna parte».

Con tener fotografía maravillosa, «La Fiel Infantería» no ganará la batalla. El autor se cortó (¿deliberadamente?) las alas al afirmar que con esta campaneada producción no ha querido pintar una página antiguerrera, sino «lo más amplio y objetivo posible, la historia de unos hombres españoles que se mataron hace más de veinte años sobre el suelo español». ¿Para qué? Lo esencial sería citar la causa: esa vocación por la matanza. García Serrano se la calla y Lazaga no la insinúa siquiera. El libro, sometido a la previa censura franquista, con alabar desmesuradamente a los infantes de Franco tiene licencia segura. El arte movido, tan propenso al simbolismo, tampoco da relieve a la verdad humana. Entonces los hombres del 36 se mataron por matarse. Pregunta obligada de los espectadores jóvenes: «¿Tan idiotas fueron nuestros padres?»

Con buenísima buena voluntad el espectador puede sacar de este film de Lazaga una consecuencia levemente antiguerrera. Leve, porque la exaltación del valor del soldado español (por casualidad el «enemigo» por español también resulta valeroso) parece concluir en aquello del crimen considerado como una de las bellas artes...

El soldado «nuestro» tal como Garciserrano-Lazaga lo cuentan, resulta feroz en la lid y frívolo en la retaguardia, un contraste violento que no concuerda con la broma nerviosa del soldado exigido por la trinchera.

En concreto, un film inocuo plasmado sobre fotografía insuperable. — Javier Palomo.

«El Baile»

Argumento sacado de la comedia de Edgar Neville, película dirigida por el mismo autor de la obra. Representación a cargo de los actores Conchita Montes, Alberto Closas y Rafael Alonso, en principales intérpretes.

En términos «dicentanos» diríamos que Rosa no vive con Paco teniendo que hacerlo con José. Únicamente que en «El baile» Rosa no debe morir por arma blanca, ni Paco tampoco. A ella se la lleva al otro mundo un mal incurable mientras Paco debe permanecer para adorar, de consuno con José, el recuerdo y las reliquias de la difunta. Años vendrán que muestren la reencarnación de Rosa (digamos de una vez: de «Adela»; «Julián» y «Pedro») en la sutil y hermosa figura de la nieta de la antigua amada.

En suma, «El baile» da la medida de un drama delicado, de profundo sabor humano, o una idea aproximada de como podrían ser resueltos los problemas pasionales endogalando a la pasión, cuando ello sea posible.

Si esta producción os llega a Francia no perderéis el tiempo yendo a verla. — J. P.



MESA REVUELTA



SUIZA. — La célebre fábrica de relojes de oro «Geiger» decidió despedir a su personal, como todos los años, durante unos días, para quemar los entarimados del establecimiento, única forma de poder recuperar 30 ó 40 millones de polvo de oro que se mete por sus rendijas. Los lavabos de la fábrica se hallan dotados de unos filtros especiales donde se recoge cada día oro por valor de cuatro mil pesetas.



Amenazar con elegancia. Las autoridades italianas están dispuestas a que los peatones respeten las leyes del tráfico. Para ello, la última innovación ideada ha sido puesta en práctica: En todos los pasos prohibidos se han colocado altavoces que difunden canciones de moda, pero en las que las palabras de amor han sido sustituidas por artículos del Código de circulación.



TOKIO. — El gorjeo de los pájaros suprime el miedo a los exámenes entre los estudiantes, según ha declarado un biólogo japonés. Para probar sus observaciones, varias escuelas superiores han sido provistas de pájaros para ser escuchados por los examinandos momentos antes de pasar por la prueba.



Basándose en estudios, investigaciones y datos, probablemente optimistas, de los organismos de Ginebra, un periódico inglés publicó la siguiente estadística, refiriéndose a 1935:

Muertos de hambre, 2.400.000.
Suicidios, por falta de medios adecuados de vida, 1.200.000.
Personas que, de los 2.500 millones de habitantes que tiene la tierra, no saben lo que es satisfacer sus necesidades materiales primarias, 600 millones.



La libertad verdadera es ponerlo todo sobre sí mismo.

MONTAIGNE

La libertad es una condición esencial del hombre; tocarla es violar su personalidad, un sacrilegio.

PI y MARGALL

Sujetarse a las reglas de la razón es la verdadera libertad.

PLUTARCO

El objeto del mundo es el desarrollo de la inteligencia, y la primera condición para favorecer este desarrollo es la libertad.

RENAN

LIBROS * LIBROS * LIBROS

SOCIOLOGIA
HISTORIA
LITERATURA
CIENCIAS



PEDAGOGIA
NARRACIONES
BIOGRAFIAS
POESIA

Adquirirlos en «SOLL», 24, rue Ste. Marthe, Paris (X^o), es ayudar al Suplemento.

Biblioteca de «SOLL»

COLECCION «CRISOL»
A 5,50 NF volumen

De 500 a 900 páginas; textos integros; papel biblia; perfectamente legibles; encuadernables en piel flexible; una lámina en huecograbado.

Tirso de Molina: *El burlador de Sevilla - Convidado de piedra - Don Juan de las calzas verdes - La prudencia en la mujer.*

Bernard Shaw: *Santa Juana.*
Francisco de Quevedo: *La vida del buscón - Sueños y discursos.*

Jacinto Benavente: *Los intereses creados - La ciudad alegre y confiada - Cartas de mujeres.*

Fray Luis de León: *Poesías completas.*

Concha Espina: *La rosa de los vientos.*

Georges Lafenestre: *La leyenda de San Francisco de Asís.*

Fernández de Moratín: *Teatro completo.*

Lope de Rueda: *Pasos completos.*

Raimundo Lulio: *Blanquerna - Libro del amigo y del amado.*

Saavedra Fajardo: *Corona gótica.*

Varios: *Cuentistas catalanes contemporáneos.*

Padre Feijóo: *Ensayos escogidos.*

Juan Valera: *Juanita la Larga.*

Santa Teresa: *Castillo interior o las moradas.*

Condesa de Espoz y Mina: *Memorias.*

José Cadalso: *Cartas marruecas - Los eruditos a la violeta.*

Juan Ruiz de Alarcón: *La verdad sospechosa - Los pechos privilegiados - Ganar amigos - Las paredes oyen.*

Cabeza de Vaca: *Naufragios - Comentarios.*

Infante don Juan Manuel: *El conde Lucanor.*

Pérez Galdós: *Misericordia.*

San Agustín: *Libro de las meditaciones - Libro de los soliloquios de alma a Dios - Manual - Suspiros.*

Gil Vicente: *Teatro y poesía.*
Juan Maragall: *Antología poética.*

Luis Vélez de Guevara: *El diablo cojuelo - El asombro de Turquia - Valiente toledano - El olero de Ocaña.*

José Zorrilla: *Don Juan Tenorio - Traidor, infanoso y mártir - El puñal del godó - Las florecillas de San Francisco.*

Natalio Rivas: *Toreros del romanticismo.*

Antonio Machado: *Poesías completas.*

Gregorio Martínez Sierra: *Canción de cuna - La sombra del padre - Don Juan de España.*

Gregorio Martínez Sierra: *Granada, guía emocional - Cartas a las mujeres de España.*

COL. DESTINO (11,00 NF)

MODERNOS ESCRITORES
ESPAÑOLES

J. M. Gironella: *Un hombre* (encuadernación tela).

Elena Quiroga: *La sangre.*

José Suárez Carreño: *Las últimas horas.*

S. J. Arbós: *Sobre las piedras grises.*

Camillo José Cela: *Mrs. Caldwell habla con su hijo.*

Carmen Laforet: *Naða.*

NOVELAS DE JACK LONDON

Una hija de las nieves, 685 francos; Aventuras de las Islas Salomón, 500; El valle de la luna, 950; Memorias de un alcoholista, 530; El llamado de la selva, 460; El motín del Elsinore, 840; La damita de la casa grande, 760; Colmillo blanco, 530; El mexicano, 460; Aurora espléndida, 610 frs.

OBRAS DE RAMON Y CAJAL

A 4,00 NF volumen

Mi infancia y mi juventud. — Charlas de café. — El mundo visto a los ochenta años. — Los tónicos de la voluntad. — Cuentos de vacaciones.

NOTICIARIO

Según informes que nos han llegado, un grupo de artistas españoles entre los cuales se cuentan Clavé, Pelayo y De Soto, recogen obras con vistas a una venta pública cuyo resultado monetario permita pagar los estudios universitarios de las hijas de Francisco Sabater, héroe libertario caído en lucha desigual contra la dictadura del general Franco. Entre los invitados a contribuir figura Pablo Picasso.

La Redacción y la Administración de «SOLI» y Suplemento Literario, de acuerdo con la Organización que alienta a ambas publicaciones, están preparando el Festival artístico-solidario que con tanto esplendor y entusiasmo se celebra una vez al año.

Valiosos artistas han ofrecido ya su concurso, lo que hace prever para la fiesta un éxito no inferior a las precedentes.

El Festival tendrá lugar en el Palais de la Mutualité el 24 de abril próximo.

Se está trabajando activamente en la impresión de la obra «Salvador Seguí. Su vida, su obra», libro biográfico en el que intervienen una docena de celebrados escritores, todos ellos amigos directos del malogrado sindicalista barcelonés bárbaramente inmolado por la reacción antecesora del franquismo.

«Salvador Seguí. Su vida, su obra» será el segundo volumen de la colección Cuadernos Populares de las Ediciones SOLIDARIDAD OBRERA.

En la publicación «Voluntad» de Montevideo vemos anunciada la próxima reedición del libro «La Escuela Moderna» conteniendo la síntesis de las ideas pedagógicas de Francisco Ferrer Guardia.

Esta interesantísima obra hacia muchos años que estaba agotada. Quienes la deseen pueden inscribirse en el Servicio de Librería de este Suplemento Literario.

En Barcelona se prepara el II Festival de la Canción Mediterránea.

En Madrid falleció la actriz lírica María Teresa Penella (Teresita Silva), hija del maestro Penella.

En El Escorial un desconocido rasgó con un cuchillo nueve pinturas centenarias de gran valor, artístico.

En la «Salle St-Louis» de Barcelona el cuadro escénico de Joaquín Escardó ha representado «Espec-tros», la conocida tragedia de Enrique Ibsen.

En la tercera semana del mes de enero del año en curso medio millar de estudiantes, intelectuales, artistas y trabajadores de Madrid celebraron una emotiva sesión recordatoria del profundo pensador y amigo de la libertad de todos los pueblos, Alberto Camus.

... Y los sueños sueños son

por J. M.^a PUYOL



EL sereno que cantó la una y nublado cabe el portón del parador, bajo el balcón de mi cuarto, fué Ramuncho, cónyuge de Rufina la Salerosa. Por la voz rajada lo saqué. A lo que sucedió cantar el gallo que a tales horas presagia muerte —según estas sabidoras— y el comenzar a llover apriesa menudo. Salto de la cama y me visto a oscuras. El ruido de la lluvia parece de pucheros al arrimo del fuego borbotando. De repente, como el ¡ay! de un mueble... reumático. Mi reloj, desbochado, se pone impertinente. En la tiniebla del aposento proyéctase una extravagante geometría de líneas y círculos con movimiento, muy grises y los demás arabescos muy azules. Despiertan de mal humor las moscas y vuelan a tientas. ¡Huuuu...! Ronca el durmiente del cuarto próximo, incitando a roncar a otros. No veo, pero tengo en los oídos la dinamo que marca el ritmo de este fenomenal desconcierto. Ramuncho, distante: «¡La una y nublado!»

Abro la puerta de la habitación. El corredor está a oscuras: las chispeantes esmeraldas del gato, enarcándose en el rellano, lo esclarecen. De abajo, del camaranchón, alcanza un olor acre, de humanidad, sabiente a atela-

jes, a leguas. Ando, ando..., y las sombras van amurándose a los lados de mí, entre cuyas paredes la avenida de rosales — negras las rosas — enramalados no es más ancha que un contadero. Abulta la colegiata, mole sillar, con su caparazón de relente. ¿Arde la lámpara del Santísimo? ¿Hay luz en las absidiolas? ¿Temen los sartos de las lechuzas o las lechuzas de los santos? Siento abrir y cerrar una ventana; habrá sido algún escrutador del cielo con el pensamiento en la haza donde a la voluntad de Dios está su pan. De las casas humildes salen hábitos de cuadra: apeete el calor de los animales y acostarse entre ellos. Ningún farol alumbrá mucho más que un fósforo, y el del sereno, en la mano, semeja una jaula con un gusano de luz. Frio...

Asciendo al Romero por lo ancho de la cuesta — perdonad, Eras Bajas, que os esquivé —, entre la cadena de arcos peraltados y la muralla y contramuralla. El trecho de una a otra es practicable, aunque menos espaciado que la arcada, con las catorce estaciones interiores y el boquete que da paso a una fábrica de cerillas y a las sórdidas y miserables cuevas. De todos modos, siempre resultarán más cómodas que la tejavana de la «Naranjita», por poco habitables que sean. Los arcos hacen de estaciones de las estaciones, siendo importantes las de la Caída del Redentor. Me alumbro con el horror de Cristo. Desde la eminencia —ya en la gran explanada—, los poblados remotos, salpicados de puntos luminosos, antójanse ingentes montones de grava ardiendo. El santuario, con su corpulenta torre y las suspensas e inmóviles campanas, tiene un custodio nocturno: Quasimodo. Regañan con el viento las indefensas acacias. En este cuadro oscuro, casi negro, la nota baja de color la pone el temporal: llueve.

Terrazgos costerosos. Argomales y cascaderas. Hazas biecas y sembradas... Una mambla y, en el pezón, la cabaña del Argos... ¡Mi huerta, nunca tan hundida en el valle! Siento la necesidad de alzarla y tomarla en brazos. ¡Ay qué vieja está, qué vieja!... No veo la franja de juncos verdes al borde de la tapia, ni la cruz de madera, que en el sitio donde un Caín mató a un Abel colocaron. La pieza de sembradura separada de la puerta, si veo está triste porque ama ser plantada y no sembrada. Remontan las tapias las copas de los árboles frutales, brindando con la cosecha lograda al cielo: El agua viene encajonada por las zanjas susurrando. Si llamo ¿no me responderán las abe-

jas? ¿Y todo no saldrá de su sueño en diciendo quién soy? Pero... ¿sé yo mismo quién soy?

Salgo al camino. Una gran profusión de fuegos fatuos anuncia la vecindad del cementerio. Las rodadas, tan pronto rectas como torcidas, quieren parecerme del cochecito fúnebre yendo y viniendo al Muladar exornado de cipreses. Rompe la luna el Cerco, y al punto la cortina de oscuridad se disipa. Amarillea la noche. De extremo a extremo del camino, la barrera de formas ardientes, perfectamente humanas, me constriñe...

—¡Largo!

—¿Cómo así? ¿Parientes míos, no soy para vosotros sino un perro?

—¡Largo, largo!

—¿Pues qué, os traigo la peste de la vida, más insufrible que la de la muerte? Los que dentre vosotros me conocen, bastantes, declaren si llevo o no vuestros apellidos.

—¡Largo!

—¿Estáis en el infierno o gozáis de la bienaventuranza? ¿Sois ángeles o furias? ¿Os manda contra mí, Cristo o Satanás?

—¡Largo, largo!

—Bien, pero... ¿a qué obedece vuestro repudio, carroñas soberbias? Ahora veo que lleváis la muerte con la desesperación que yo la vida. Entonces, ¿de qué sirve morir? ¿De qué sirve morir, siendo la muerte el postrer inacabable desengaño?

¡Largo, largo, largo!

—¿Por mis tremendos yerros, por mis grandísimas culpas? ¿Y qué a vosotros de mi bagaje humano, si él no ahonda más vuestra huesa? Incompleta es la criatura espiritual que no sabe también a tierra. Los pies han podido apartarse del camino —nadie es tan experto que lo conozca—, el corazón no. Vengo a vosotros pisando sobre brasas. Pobre de dineros partí de aquí y torno rico de emoción. No se puede rehacer lo fenecido, y para empezar nada estoy viejo. Me recusáis al grito de ¡largo!, que es desconyuntados, y con vuestros huesos y vuestros calaveras apedrearé. Yo pago rentas con la memoria, a cuyas expensas vivo. Ahí queda la miel eraje de mi abejar hecha idea. Hasta siempre.

Lo soñado me sabe a ceniza en agua hirviendo de colada casera. Sucede un día ahumado. Todo se ve opaco, como a través de un cristal sucio: las calles, los edificios, la gente... Trato de explicarme la pesadumbre ambiente y no lo consigo. Por vez primera Romeral parece una cartuja, y como si fuera indispensable para asentarse aquí creer en Dios y ser viejo. Cruzo la puente sobre el río Luelles (el agua viene hecha pintura) y desde Viacorel, al llegar al Pilar de las Almas, diviso el Moncayo — fantasma blanco, agobiado por la incomodidad de la nieve —, del que, a boca cerrada, me despido. Escapa la hora del cansino reloj de la torre, yendo a perderse en el conglomerado de las horas pretéritas... allá... muy allá... no se sabe dónde.

